
SS
SERVICIO SECRETO
DONALD CURTIS
ENIGMA PARA SALLY

DONALD CURTIS

Enigma para Sally

1.ª EDICIÓN
JUNIO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 6235 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. R. 1950/60

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
562 — Matar es mi destino. 579 — Hijo de la venganza. 626 — Destinos de violencia.

En Colección SERVICIO SECRETO:
500 — La vorágine. 506 — Morir es complicado. 512 — Ejecución.

En Colección BUFALO:
322 — Sudoeste. 330 — Pasó un forastero. 346 — Gatillo.

En Colección PANTERA:
8 — La carga de Llano Rojo. 35 — Rancho Perdición. 43 — Destino: Muerte.

En Colección TEXAS:
176 — Es mi venganza. 192 — La muerte llegó con él. 205 — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:
166 — ¡Cobardes! 181 — El «Colt» dicta sentencia. 188 — El odio tiene raíces.

En Colección COLORADO:
22 — La herencia de Caín. 47 — La dama de Santa Fe. 128 — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:
7 — Doctor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:
11 — Violencia en el Cimarrón. 43 — El hombre de «Vado Muerto». 57 — El hombre de Luisiana.

ENIGMA para SALLY

Por

DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

MUERTE DE UN DETECTIVE

Kervin Donovan estaba satisfecho.

Siempre era agradable dar por resuelto un caso. Y un caso con chantaje, secuestro y homicidio final. Un bonito asunto para enviar a alguien a la silla eléctrica. Kervin Donovan sabía ya a quién se tenía que sentar en el feo artefacto metálico de la Prisión del Estado.

Con un suspiro de alivio y de satisfacción, volvió la carpeta donde archivaba su caso. Era como un símbolo aquel carpetazo. Cierre final. Asunto resuelto.

Resultaba asombrosa una solución tan rápida. No es que llevara poco tiempo con el asunto. El chantaje inicial databa de casi dos meses antes. Luego, ocurrió lo del secuestro. Posteriormente, el homicidio. Aunque acaso, atendiéndose a una rigurosa técnica legal, los jurados y juez opinaran que era un asesinato en primer grado. Pena de muerte inevitable para el acusado.

Pero el caso había tenido facetas muy raras y complejas. Era retorcido, cruel, incluso diabólico, a juicio de Kervin Donovan. Los siniestros factores puestos a contribución del misterio, habían hecho de éste un auténtico pozo de tinieblas. Donovan lo admitía. Y como era un hombre inteligente e íntegro, admitía también que no todo el mérito era suyo.

Había habido cosas que vinieron a sus maños inesperada, casi milagrosamente. Sobre todo, la clave vital, la prueba acusadora que desenmascaraba a la persona culpable.

Ahora sólo faltaba cerrar realmente el asunto. El día siguiente sería muy grave para alguien…

Descolgó el teléfono. Tenía que hacer una llamada importante.

Pero resolvió llamar primero a su secretaria. Ella siempre era la primera en enterarse de los éxitos. Y también de los fracasos. En realidad, era la primera en todo. En las épocas malas, afrontaba las trampas, las deudas y los problemas económicos con gran eficiencia y serenidad. Cuando llegaban los casos importantes, resultaba una ayuda leal, inapreciable y eficaz.

Marcó un número, con una sonrisa. Luego, esperó. El timbre llamó cuatro o cinco veces, antes de que fuera descolgado parsimoniosamente. Una voz preguntó, borrosa por el sueño:

—¿Dígame?

—¿Señorita Maxwell?

—Claro que sí —rezongó la voz de mujer, irritada—. ¿Quién me llama a estas horas?

—¿Tan dormida está que no conoce mi voz? —rió Donovan.

—¡Jefe! —se despejó notablemente la voz—. Perdone. No le había conocido. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Algo urgente?

—Muy urgente —rió Kervin Donovan—. Pero no para usted, no se alarme. No tiene que echarse el abrigo sobre su pijama y venir aquí, como en el caso Garrett. Simplemente, señorita Maxwell, quiero decirle que he resuelto el caso.

—¿Eh? ¿Qué? —saltó ella, asombrada.

—Sí, el caso McNeil —declaró risueñamente Kervin—. Asunto terminado.

—¿Pero cómo es posible? —estalló ella—. Si esta tarde no tenía aún la menor idea.

—Ya lo ve, querida. Buen detective que es uno. —Se puso serio y agregó—: Lo cierto es que ha ocurrido algo así como un milagro. Había alguien que sabía la verdad. Y tenía miedo de hablar. Pero me la ha dicho por fin. Ahora sé por qué hubo el chantaje, por qué el secuestro y el asesinato. Es endiabladamente confuso y enrevesado todo, pero *sé quién* mató y por qué lo mató. Eso basta.

—¿Y no me lo va a decir?

—Claro que sí —rió Donovan—. Pero no ahora. La he llamado para que no se sorprenda cuando llegue a la oficina, mañana por la mañana. Yo no estaré aquí. Tengo que ir a ver a mi informador a Vermont. Estaré todo el día fuera. Y cuando regrese, pasado mañana será para entregar el caso completo a mi cliente… y a la policía, por supuesto.

—¿Todo ese tiempo me tendrá sobre ascuas, preguntándome quién es el culpable?

—Eso es. Será una experiencia fascinante para la curiosidad femenina.

Soltó una breve carcajada y colgó, sin atender a las protestas enfurecidas de su secretaria.

Luego, se mantuvo un momento reflexivo, con una sonrisa burlona en los labios. Tras una pausa, volvió a descolgar el auricular. Su dedo giró rápidamente, tras una rápida ojeada a su cuadernillo de direcciones, con tapas de hule.

—¿Dígame? —preguntó una voz bronca, masculina, al extremo del hilo—. Aquí, Agencia de Viajes Brooks.

—Soy Kervin Donovan, de Donovan Investigations, en la Calle 55, Oeste, número 472.

—¡Oh, sí, señor Donovan, le conozco! Soy Burgess, de la Centralilla de encargos urgentes. ¿Algún viaje en perspectiva?

—Sí, uno a Vermont.

—¿Vermont? —Casi se notó el estremecimiento, al otro lado de la línea—. Hará un mal tiempo en esta época del año. Dicen que ha nevado mucho últimamente.

—Tampoco aquí estamos precisamente en Florida —rió Donovan —. Lo cierto, Burgess, es que tengo que salir para Vermont. Y lo antes posible. Por carretera sé que hay dificultades por la nieve, de modo que no tomaré el coche. ¿Qué me aconseja?

—Un avión hasta el Lago George. Y desde allí adonde tenga que ir, por tren o en autobús de línea. Sale un avión para Albany dentro de cuatro horas, que enlaza con otro hacia Canadá. En Lago George puede cambiar para el tren o el autobús.

—Está bien. Quiero un billete combinado para ese trayecto. Arréglelo todo en el acto. Dentro de media hora pasaré a recogerlo.

—Bien, señor Donovan.

Se apresuró. Ahora sabía que podía estar en Vermont por la mañana. Pero no podía perder tiempo. Era muy tarde. Sin embargo, tal vez hubiera alguien en la Residencia McNeil, de la Quinta Avenida.

Telefoneó. Tras muchos repiqueteos, una voz preguntó:

—¿Quién llama?

—¿Es la Residencia McNeil? —preguntó Donovan.

—Sí, señor.

—Quisiera hablar con el señor Bryan McNeil.

—No está, señor. Lo lamento, pues tardará en volver. Ha asistido al estreno del Radio City Hall. Es su primera salida, tras el luto. ¿Quién llama, por favor?

—Es igual. Llamaré mañana, gracias.

Y colgó, sin dar su nombre.

Rebuscó en un armario de la oficina. Tenía allí una maleta pequeña. La llenó con algunas ropas de las reunidas en el mismo armario. Donovan tenía siempre mudas y prendas en su oficina. Su trabajo requería a veces desplazamientos rápidos, sin tiempo material de pasar por el apartamento, situado a casi veinte minutos de coche.

Ésta era una de esas veces. Antes de salir de la oficina, extrajo de nuevo su librito de apuntes. Anotó un nombre y una dirección que conservaba en su memoria. Luego fue a la carpeta, recogió algunos papeles y los metió también en su maleta.

Con todo ello, salió a la calle. Eran casi las doce de la noche. Utilizó su coche hasta el garaje de la Calle Lexington. Indicó al mozo nocturno del mismo:

—Voy a hacer un corto viaje, pero no por carretera. Guárdeme el automóvil hasta pasado mañana.

—Hace bien, señor. Las carreteras están imposibles con las últimas nevadas —comentó el joven del garaje.

Donovan asintió, abrigándose mejor con su sobretodo gris oscuro. Salió a la calle. El aire era frío en Manhattan. Un frío seco y penetrante que barría el asfalto mojado, en algunos de cuyos puntos aún se incrustaba la nieve helada de los dos días anteriores.

Encontró un taxi y se encaminó a la Agencia Brooks. Le entregaron el pasaje aéreo y un volante para la Oficina Brooks en Lago George, que serviría para facilitarle el billete hasta Vermont, cualquiera que fuese la localidad de este Estado a la que se dirigiese. Donovan pagó al servicio de urgencia de la oficina de viajes que atendía siempre sus demandas, y regresó al taxi, señalándole la dirección del aeropuerto.

Aquella misma madrugada, el avión de Albany despegó, tras conocer las favorables condiciones meteorológicas, y en él iba Kervin Donovan, de profesión detective privado.

—Está muerta, comisario.

El comisario del *sheriff* del Condado de Franklin asintió, soplándose las ateridas manos con el aliento.

—Lo suponía doctor Adams. ¿Fractura de cráneo?

—Eso parece. —El médico forense se incorporó con un suspiro, sacudiéndose la nieve del recio pantalón de pana embutido por su parte inferior dentro de las botas de montaña—. La autopsia nos dirá más, pero juraría que la golpearon dos o tres veces con algo muy sólido, en la base del cráneo. La debieron matar enseguida.

—Descuide, comisario. —El médico le sonrió con simpatía—. Comprendo lo que sentirá. Eso de que nada más ausentarse el *sheriff* cargue usted sobre sus espaldas con la responsabilidad de un crimen, no es agradable. Por mí no quedará, comisario Fisher. Estoy a su lado en todo.

—Gracias, doctor Adams. —El joven fornido, de musculosa figura, erguida cabeza rubia y duros ojos grises, sonrió agradablemente, con su carnosa boca enérgica. Se frotó el mentón, ligeramente sombreado de dorada barba, y luego sepultó las manos en los amplios bolsillos de su recia pelliza de cuero con cuero de pieles—. Sé que puedo contar con usted, y me alegro. Espero que piense igual el sargento Wood.

—No son muy amigos, ¿verdad? —rió el forense.

—No, nada, amigos. Él ve las cosas de un modo. Yo, de otro.

—¿Cómo ve esto? —El médico señaló a la mujer muerta, sobre la que uno de los ayudantes de Aldo Fisher estaba echando ya una manta, en espera de la llegada de la ambulancia.

—Feo. Bastante feo. Ella no es de aquí. No la he visto nunca, ni creo que la haya visto nadie en todo Fletcher. Eso complicará mucho las cosas. Sus ropas parecen vulgares, y no he visto etiqueta alguna en ellas. Es como si se hubieran cuidado de arrancarle todas, para demorar la identificación. Su fotografía se puede publicar en todos los diarios. Pero tampoco confío mucho en eso. No es lo mismo la cara de una mujer viva y la de un cadáver.

—Era una bonita chica. Y bastante joven. No debía de tener más de veintisiete años o veintiocho.

—Sí, es lo que parece. —Respiró con fuerza, y dio unos pasos, mirando en derredor. La nieve crujió bajo sus pies—. Tampoco tenemos el arma del crimen a la vista. Pudo haber utilizado una de

esas piedras, y dejarla luego en la nieve, sin que seamos capaces de saber cuál de ellas es.

—La autopsia indicará, según la rotura del cráneo, la clase de arma y su forma probable. Pero nada más, Fisher.

—Ya sé. No me hago ilusiones, doctor.

—Hacía mucho tiempo que no teníamos crímenes en Fletcher ni sus alrededores.

—Sí. Más de tres o cuatro años. Este Condado lleva un índice muy bajo de delincuencia. Pero ha caído su caso criminal. Justamente cuando yo ocupo interinamente el cargo del *sheriff*…

—Esto divertirá a Pohlmann y su pandilla —rezongó el médico —. Es un buen pretexto para combatir al fiscal McGee y a usted…

—Sobre todo, de cara a las próximas elecciones —asintió sombríamente Aldo—. McGee y yo vamos a tener que trabajar de firme, o les habremos hecho su propaganda electoral gratuita a Pohlmann, el candidato Crenna y todos los demás politicastros que quieren barrer el actual sistema. Aprovecharán cualquier fallo de la Administración actual para arrojarnos encima los perros y ponernos verdes ante la gente. Usted sabe lo impresionable que es la gente cuando se le presentan razones convencionales, pero que están al alcance de su entendimiento.

—Bueno, comisario, le dejo entonces con su ingrata tarea. Y le deseo suerte.

—Gracias. Voy a necesitarla. —Esbozó una sonrisa amarga y se quedó solo con sus dos auxiliares en el nevado terreno abrupto—. Vamos, muchachos, buscad. Tal vez el arma del crimen esté por ahí. Pero no tengo muchas esperanzas.

—¿No habrá huellas del asesino? —interrogó uno de los ayudantes del comisario.

Aldo Fisher denegó con la cabeza.

—No, eso no es factible. Nevó toda la noche, la madrugada y la mañana. Es difícil que ninguna huella permanezca, cuando le cae la nieve horas y horas encima.

Era una razón tan convincente que nadie la discutió. El comisario Fisher se aproximó al borde de la senda cercana al lugar del crimen. Miró a ambos lados. Era un camino vecinal, que terminaba en la carretera general a Montpelier, la capital del Estado. Por el lado opuesto iba a parar a una de las zonas

residenciales de Fletcher.

Los grises ojos de Aldo se fijaron en el edificio bordeado de setos que blanqueaba la nieve con densidad, y una verja metálica de verdes barrotes, renovada su pintura recientemente.

—¿A quién pertenece esa casa?

Uno de sus auxiliares se aproximó a él. Oteó la distancia, percatándose del punto a que su jefe se refería. Contempló el edificio moderno, de una planta inferior y otra alta, con empinadas tejas de pizarra y senderillos de grava. Todo lo envolvía la alba uniformidad de la nieve caída.

—¡Oh, sí! —declaró—. Ya recuerdo. Es la residencia del señor Coolidge, el escritor.

—¿Coolidge? ¿Es el novelista de Nueva York que viene todos los veranos?

Fisher frunció el ceño.

—El mismo, señor. No viene más que en la época que aprieta el calor en Nueva York, huyendo de aquel horno de asfalto a la frescura sana de Vermont.

—Sí, eso me parece muy lógico —señaló el tenue hilillo de humo azulado que reptaba, perezoso, hacia el cielo plomizo, que amenazaba nuevas nevadas—. ¿Pero por qué viene precisamente en pleno invierno, cuando el clima aquí es más duro?

Su auxiliar se quedó sorprendido. Contempló la señal de humo que indicaba una presencia humana en la finca, y terminó encogiéndose de hombros, perplejo.

—No sé —confesó—. Es la primera vez que eso ocurre.

Aldo no dijo nada. Regresó junto al cuerpo cubierto por la manta. Una punta de ésta dejaba al descubierto un mechón humedecido de cabellos rubios. Inclinóse, cubriendo mejor a la muchacha muerta.

Luego, echó a andar hacia el coche-furgoneta que esperaba en el camino.

—Me voy a la oficina —dijo—. Esperad a que venga la ambulancia y recoja a la chica. Luego, volvéis a la población. Quiero ponerme en contacto con el fiscal McGee. Enviaré a alguien para vigilar la residencia de Coolidge.

Entró en el coche y lo puso en marcha. Antes de arrancar, recordó algo. Buscó en el bolsillo lateral de la portezuela y extrajo

un frasco-petaca de *whisky*. Estaba casi lleno. Lo lanzó a las manos de uno de los muchachos, exclamando:

—¡Vais a necesitarlo, si la ambulancia tarda unos minutos!

Los ayudantes del comisario Fisher agitaron la mano en señal de gratitud. El coche evolucionó sobre la nieve helada, y volvió hacia la pequeña ciudad de Vermont, situada a media milla escasa del lugar del crimen.

Aldo conducía rápidamente siempre. Sobre el suelo helado, esto era peligroso. Pero el joven comisario era un diestro conductor. Llegó en escasos minutos al centro de la población, y aparcó en el callejón.

Subió a la tercera planta, donde estaba la Fiscalía del Distrito de Fletcher. Golpeó los nudillos de la vidriera escarchada donde figuraba el nombre del fiscal.

—¡Adelante! —indicó el vozarrón de McGee.

Fisher miró con un suspiro las letras doradas de Peter McGee sobre el vidrio. ¿Cuánto durarían allí aún? Luego, empujó la puerta y entró.

—Hola, Aldo —saludó el fornido y recio McGee, con su ancha faz bronceada, asomando igual que una luna llena por encima de la horrible corbata roja, azul y verde y las solapas del terno marrón ladrillo—. ¿Qué hay sobre esa chica muerta en la senda?

—Ya hice todo lo posible. No era mucho lo que podía hacer.

—¿Accidente o suicidio?

—Ni una cosa ni otra, al parecer. Homicidio.

—¿Eh? —McGee pegó un respingo. Bajo el bronceado de su tez, el color debió huir rápidamente—. ¿Qué mil diablos dice, Aldo?

—Es lo cierto. ¿Tanto le sorprende un asesinato? Alguna vez tenía que ocurrir.

—Supongo que sí. Pero, ¿por qué tienen que ocurrir *dos* en un solo día?

—*¿Dos?* —Ahora le tocó dar un respingo a Fisher. Arqueó sus cejas, atónito—. ¿Qué significa eso, McGee?

—No he ido a la senda porque acabo de llegar del terminal de autobuses de Fletcher. El juez Murray está disponiendo el levantamiento del cadáver.

—¿Qué cadáver?

—¿No lo sabía aún? Un viajero del autobús de Lago George ha

llegado muerto a Fletcher. Le debieron envenenar de alguna forma que todavía no hemos logrado descubrir.

—¿Quién ha dicho eso? Supongo que Adams no habrá tenido tiempo de…

—No. Adams no ha venido aún por aquí. Viajaba un médico en el coche, el doctor Steve Grayson, de Nueva York. Dice que conoció al viajero muerto, en el avión de Nueva York a Lago George, y posteriormente coincidieron también en el autobús. Es un especialista en toxicología. Descubrió enseguida que habían envenenado a ese hombre y lo avisó a mi oficina.

—¿Qué veneno?

—Belladona, al parecer. Pero aún no es seguro.

—¿No pudo ser suicidio?

—Sí. Pero hay algo más sobre ese suceso.

—¿Qué?

—El muerto era un detective privado de Nueva York, llamado Kervin Donovan. Y al parecer, investigaba un caso de asesinato, razón que le traía a Vermont, según nos ha contado el doctor Grayson. ¿Comprende por qué creo que la muerte de ese detective es *también* un asesinato?

Aldo asintió. Sí. Lo entendía perfectamente.

CAPÍTULO II

SALLY

—¡Muerto! ¡El señor Donovan muerto!

Se repitió a sí misma la frase, quizá para hacerse a la idea. Después, Sally Maxwell se incorporó, cayendo de sus dedos el telegrama fechado en Fletcher, Vermont.

La idea resultaba absurda, inverosímil. Miró el despacho, la oficina familiar durante los últimos tiempos. Cuando ella llegó a Nueva York, era una provinciana ávida de trabajo. Pasó malos ratos, estrecheces, incluso hambre. Entonces, cuando más desesperada estaba, surgió Donovan, amable y comprensivo. Le dio colocación y un sueldo digno.

Fue su mecanógrafa, primero. Después, su secretaria. Donovan no era de la clase de hombres que pueden despertar un idilio. No era enamoradizo, ni ella sintió por él jamás otra cosa que gratitud y sincera estimación. Pero esa colaboración en común, esa leal camaradería entre jefe y empleada, había despertado en Sally Maxwell un hondo aprecio al detective.

Ahora, su muerte truncaba todo eso. Sally ya no temía el paro, la falta de trabajo ni nada de eso. Había hecho sus pequeños ahorros para afrontar cualquier contingencia, hasta hallar trabajo. Eso era lo de menos.

Lo realmente doloroso era aquel telegrama, impuesto por un tal Peter McGee, fiscal General del Distrito de Fletcher, Condado de Franklin, Vermont. No aclaraba más. Su texto era conciso, lacónico e inexpresivo:

> «Enterado trabaja para detective privado Kervin Donovan, notifícole fallecimiento del mismo. Ignoramos existencia

familia o parientes. Ruego se ponga en contacto con ésta Fiscalía. Funerales mañana. Saludos.

»Peter McGee - Fiscal».

Recordó la conversación telefónica de la noche anterior. Sólo veinte horas escasas… y su jefe había dejado de existir. Miró la mesa-despacho, la silla vacía.

Lloró. No le pareció tonto llorar. Era un buen hombre Kervin Donovan. Muchas veces le había oído lamentarse: «El día que yo desaparezca, nadie me llorará, señorita Maxwell. Soy un viejo solterón sin parientes ni familia».

Pues bien, eso no era cierto. Ella le lloraba. Con toda su alma. Después, resueltamente, se incorporó. Posiblemente tuviera tiempo. Él había hecho el viaje muy rápidamente. Ella también podía hacerlo.

No dejaría que fuera sepultado en una tumba, sin nadie para despedirle, sin un ser que le acompañara a su última morada. Ella podía hacerlo. Ella estaría en Fletcher cuando eso ocurriera.

Tomó el teléfono. Una llamada a la Agencia Brooks bastó. Tenía billete para Vermont. Apresurándose, estaría allí a la mañana siguiente.

Se apresuró.

—Esperaba que llegase, señorita Maxwell.

—¿Por qué lo esperaba? —preguntó ella, apartando finalmente con un suspiro sus ojos del nicho que se había cerrado ante sí poco antes.

—Porque parecía ser usted la única persona a quién el señor Donovan estimaba en el mundo.

—Creí que lo habían hallado muerto.

—Y así fue —asintió McGee suavemente, tomándola por un brazo para conducirla al coche suyo, parado a la puerta del pequeño cementerio.

Sobre la nieve, los altos tacones de Sally Maxwell se hundían profundamente.

—Entonces, ¿por qué suponen eso?

—Verá, señorita Maxwell —sonrió el fiscal—. Hallamos una carta en poder del señor Donovan.

—¿Una carta? —Ella le miró, asombrada.

—Eso es. —Era otro el que hablaba ahora. El hombre que iba a su derecha. Aquel alto y rubio joven con pelliza de cuero y cuerpo de atleta que pisaba reciamente la nieve al otro lado del fiscal—. ¿Le asusta, acaso, saber eso?

—¿Por qué ha de asustarme? —Se irritó ella, mirándole de soslayo—. ¿Qué quieres insinuar con ello?

—Nada. —El joven sonrió extrañamente—. Nada, señorita Maxwell, discúlpeme. Pero siempre que a uno le nombran heredero de algo por medio de una carta y el testador muere violentamente, *puede* haber motivos para *asustarse.*

—¿Testamento? ¿Herencia? ¿Qué pretende decir?

Habló con tono agudo, irguiendo la pelirroja cabecita con enfado. Bajo el sobretodo amarillo, ceñido a su cintura, el agresivo busto de Sally se hinchó belicosamente.

—¡Oh, nada! Nuestro joven comisario es a veces un poco impulsivo —sonrió, conciliador, el fiscal—. Fisher ha querido decir que puede ser sospechoso el hecho de que el señor Donovan no tuviera parientes… y lo legase todo a una persona extraña. A usted, concretamente.

—¿A mí? ¿Qué a mí me ha dejado algo el señor Donovan? ¡Es absurdo!

—No, no. Es completamente cierto. No le ha dejado algo. Le ha dejado *todo*. Su oficina de Nueva York, su apartamento, su negocio, por si desea continuarlo, su dinero del banco y cuánto poseía en la vida.

Era demasiado. Sally se detuvo a la puerta del cementerio. No podía creer tal cosa. Sus verdes ojos, grandes y expresivos, miraron con franco estupor al fiscal. Luego, clavó en el burlón comisario Fisher una mirada de ira. La carnosa, roja boca de la joven moduló las palabras frías, duramente:

—Entiendo ahora. ¡Y por eso, sólo por eso, ese mequetrefe de comisario me acusa a mí de *sospechosa*!

—No he dicho eso —rió Aldo Fisher.

—¡Pero lo ha sugerido! —Ella se engalló. Parecía que su seno fuera a hacer reventar el apretado suéter de punto blanco y la ligera tela amarilla del sobretodo—. ¿Se cree que soy una ingenua? Trabajar con un detective privado agudiza el entendimiento,

señores. Lo cierto es que no tenía la menor idea de ese legado, pero pretender meter eso en sus cabezotas, sería algo así como querer tocar la Luna con la mano. Y como el señor Donovan, mi jefe, sufrió un envenenamiento por medio de un derivado de la belladona, en solución líquida e ingerida en una mezcla alcohólica que tomó en su viaje, suponen que yo, perversa y llena de astucia, seguí a mi jefe y le envenené para cobrar el testamento. Además, el señor Fisher, su brillante comisario, está pensando que soy una chica bonita, joven y llena de encantos naturales, de esos que producen la debilidad de sus jefes y les obligan a empezar regalando medias de buen nylon, para terminar en un collar costoso, una cena en el «Stork Club» y… lo que sigue. De cuya relación surgió el legado y el posterior asesinato, ¿no es eso?

—¡Diablo! —Aldo Fisher se frotó la mandíbula, enarcando las cejas, sin quitar sus ojos grises y duros de ella—. ¿Cómo ha podido deducir todo eso?

—Lo pensaba, ¿no es cierto?

—Posiblemente lo pensara —admitió Aldo—. Pero ¿cómo lo imaginó con tanto detalle? ¿Lee en la mente de los demás?

—Ya le dije que no soy ninguna ingenua.

—Yo tampoco —replicó el comisario—. Acepto que ésas son mis sospechas. ¿Qué puede contestar a ellas, señorita Maxwell?

—Sencillamente esto: me produce usted náuseas, comisario. —Se volvió al fiscal—. Señor McGee, por favor. ¿No podemos ir a otro sitio donde el aire sea más respirable?

—Claro. —El fiscal miró de reojo a Fisher, con aire burlón—. Hasta luego, Aldo.

El joven comisario de Distrito saludó secamente. Les vio alejarse en el coche de la Fiscalía. Luego, él sonrió a su vez, frotándose la barbilla en su gesto peculiar de reflexión.

—Toda una fierecilla —musitó a flor de labio—. Juraría que no tiene nada que ver con el crimen. Pero puede ser divertido enfurecerla de vez en cuando. Además, no tiene nada de tonta.

Miró, pensativo, hacia el cementerio. Horas antes había tenido lugar el entierro de la desconocida rubia muerta a golpes en la senda vecinal. Eran dos misterios. Demasiado para los escasos medios investigadores de un sitio como Fletcher.

¿Qué podía haber ido a buscar el detective Donovan allí, en la

investigación de un asesinato? ¿Y por qué murió durante el viaje en autobús, que solamente efectuaba tres paradas donde el viajero pudo haber ingerido la bebida con el veneno dentro? ¿Dónde estuvo el asesino? ¿Cómo le administró el mortal tóxico?

Esperaba que si aquella bonita pelirroja de bellas piernas y sugestiva figura no era realmente sospechosa, podría ayudarles con sus informes. Nadie mejor que Sally Maxwell para conocer los secretos profesionales de su jefe.

O, por lo menos, eso pensaba él.

La carta de Kervin Donovan a su secretaria era breve y emotiva. En ella hablaba de su lealtad, de su constancia, inteligencia y buena fe. En lo mucho que le había alentado y apoyado desde que estaba a su servicio. Sin duda era una carta escrita algún tiempo antes, porque el sobre aparecía gastado, sucio por el roce con otros papeles y con el propio bolsillo de su americana.

Se consideró como auténtico de Donovan, cuando el perito calígrafo de Nueva York emitió su informe, ante las fotocopias que le enviara el fiscal McGee. Un legado manuscrito, pues, que tenía todo el valor legal suficiente para convertir a Sally Maxwell en heredera total de los bienes del detective, no muy amplios, pero sí confortables. La ausencia de parientes o familiares conocidos que pudieran impugnar el testamento, le daba mayor consistencia.

Pero a Sally no era el legado lo que le emocionó. Sino algunas frases del texto escrito por Donovan, cuando no podía prever siquiera su próximo fin:

> «… y si la muerte me sorprende algún día, cosa lógica en nuestra profesión, no quiero que sea totalmente imprevista. Que al menos, mi fiel auxiliar y secretaria Sally Maxwell, obtenga el premio a que se hace merecedora por su constante fe y bondad para conmigo…».
>
> «… No quiero que ella me guarde gratitud, sino la misma simpatía que en vida nos ha unido, sin malos ni torcidos pensamientos, como jefe y subordinada, como dos amigos leales y honestos. Es una bonita chica que merece ser feliz. Si yo tuviera diez o doce años menos y un físico más agraciado, le pediría relaciones. Supongo que alguien lo hará alguna

vez, y me alegraré mucho, esté donde esté entonces, de verla feliz a ella».

La carta, releída cien veces en aquellos tres días siguientes al funeral, fue doblada nuevamente por Sally y devuelta al fiscal McGee. Éste la tomó, observando la humedad de sus ojos.

—Perdone que retenga la carta aún, pero es todavía una prueba para nosotros —sonrió el hombre—. Se la entregaré tan pronto le hayamos sacado el máximo provecho pericialmente.

—Lo comprendo, no se excuse —suspiró Sally. Miró hacia el panorama nevado de la ciudad, que se advertía a través de la ventana—. ¿Siempre está nevando en Vermont?

—Todo lo que dura el invierno —asintió el fiscal—. A veces tenemos un buen día, pero no es frecuente.

—Dios mío, yo me pregunto: ¿por qué vendría mi jefe a Vermont? ¿Qué buscaba aquí?

—Es lo que pretendemos saber todos. Usted nos ha contado su conversación telefónica con él. ¿Seguro que no le dijo a quién buscaba?

—Seguro que no. Se limitó a decir que el caso McNeil estaba resuelto.

—¿McNeil? Sí. Pero resulta incongruente. Los McNeil viven en Nueva York. No se han movido de allí en estas fechas. ¿Para qué iba a venir aquí Donovan, si tenía allí a sus personajes? Que yo sepa, ningún McNeil estuvo aquí nunca. Son gente muy rica, y una visita de un potentado de esa categoría a nuestra provinciana ciudad, se hubiera notado. Los hoteles, residencias y demás, también han dado resultado negativo hasta hoy.

—¿Conoce usted a fondo el caso McNeil? —preguntó, de repente, Sally.

—Sólo lo que leí en los diarios. El secuestro, el crimen… y nada más. Para la policía sigue turbio.

—Sí. Y mi jefe lo resolvió.

—Pero ¿por qué no lo comunicó a la policía o se lo refirió a usted?

—Él tenía una norma inquebrantable: «No digas nada a nadie, hasta no tener la seguridad de lo que sabes… y las pruebas capaces de demostrarlo. De otro modo, ni la verdad más grande tiene

validez para un investigador profesional».

—Era una ética muy cerebral —asintió McGee—. Pero esta vez nos destroza a todos. Carecemos de base de partida. No tendremos otro remedio que entregar el caso a la policía de Nueva York, o al F. B. I., por mediar el asunto del secuestro, si éste se halla relacionado con el crimen. También los Federales tienen derecho a intervenir, por la sola razón de que el asesinato ha sido con cruce de fronteras entre distintos Estados. Pero eso siempre que estemos de total acuerdo Nueva York y Vermont, naturalmente. Ya sabe que no nos gusta ver a los «G-Men» metidos en esto.

—Sí, lo comprendo. —Sally Maxwell entrelazó sus dedos, largos y esbeltos, tabaleando con sus uñas esmaltadas de color rosado, sobre sus respectivas manos—. Pero no voy a permitir que los demás resuelvan esto. Es *mi caso*.

—¿Qué? —McGee la miró, sorprendido—. ¿*Su* caso? ¿Qué quiere decir?

—Heredo los bienes de Donovan. Todo es para mí. No sería justo, si no heredase también las obligaciones de mi jefe, de la oficina Donovan Investigations.

—Una mujer no puede…

—Una mujer, si *quiere, puede* hacer lo que haga un hombre —afirmó ella, adelantando la barbilla—. ¡Y lo haré!

—Es un riesgo tremendo. Creo que interpreta mal su sentido de gratitud hacia el muerto y no debe…

—No es solamente gratitud, fiscal, sino afecto. Y comprensión. Yo sé que Kervin Donovan era un enamorado de su oficio. Amaba la investigación privada, y se sentía orgulloso de su pequeño negocio. Creo que ahora, desde donde está, tendrá motivos para seguir mirando con orgullo hacia su oficina de Manhattan.

—Sensiblerías, señorita Maxwell. Tenga en cuenta que él, por investigar determinado caso, encontró la muerte. ¿Cree que voy a permitir que usted siga sus pasos?

—No es de incumbencia suya —replicó fríamente Sally—. Soy libre de adoptar la decisión que crea conveniente.

—Señorita Maxwell, si insiste en esa descabellada idea, no

tendrá la menor ayuda de mi Departamento. Carece de fuerza legal para ejercer aquí actividades de ninguna clase. Y no tiene siquiera el título de detective privado.

—Lo obtendré. No le pediré ayuda, fiscal. Ni a usted ni a nadie. Seguiré la investigación que dejó el señor Donovan, hasta hallar lo que él descubrió. Solamente así podré vengar su muerte. Viendo a su asesino entre rejas, en espera de la silla eléctrica.

—O siendo usted misma asesinada como él. ¿Se da cuenta del peligro que correría? El culpable puede sospechar que usted sabe algo, puesto que era secretaria de él, y si la ve metida en investigación, esa sospecha crecerá en su mente. El que mata una vez, mata dos, como se ha comprobado. Es evidente que entre la muerte de McNeil en Nueva York, hace un mes, y este crimen de ahora, existe un nexo. ¿Quiere ser usted la tercera víctima?

—Yo estoy en guardia. El señor Donovan no temía ser atacado. Y yo sí. Desconfiaré de todo el mundo… —Se incorporó resueltamente —. Está decidido, señor McGee. Me quedo en Vermont el tiempo suficiente para hacerme cargo de la situación. Luego, iré a Nueva York, a ver a los McNeil. ¿Me han sido mostrados todos los documentos que mi jefe llevaba encima?

—Sí, todos. Si alguno le falta, el asesino debió llevárselo. Tenemos una libreta de apuntes, una especie de pequeña agenda, pero no parece haber nada de particular, salvo un sinfín de direcciones que nada nos dicen. ¿Quiere verla?

—Por favor, querría echarle una ojeada. Sé cuál es. Un librito con tapas de hule negro. Precisamente el último día que pasó en Nueva York, le vi anotar las direcciones de dos clientes que llamaron por teléfono pidiéndole sus servicios. Prometió llamarles días después, cuando tuviera tiempo disponible.

—¿Va a llamarles usted ahora? —sonrió McGee, burlón, buscando en un cajón inmediato.

—Eso es. Serán mis primeros casos… juntamente con el de mi jefe.

—Es usted una criatura obstinada como pocas —rezongó el fiscal, tendiéndole la pequeña agenda—. Aquí tiene el librito. No creo que saque nada en limpio de él.

—Por eso me lo da, ¿eh? —sonrió a su vez Sally, con expresión irónica.

Tomó el librito. Pasó rápidamente sus hojas. Recordaba bien los nombres últimos que apuntó su jefe en él, la tarde misma del día en que dispuso su salida de Nueva York, momentos antes de salir ella para casa, terminada su jornada de trabajo.

Allí estaban, en una de las últimas páginas. Eran John F. Mullins y Edward Abbott, de Queens. La letra familiar, angulosa y rápida, de Kervin Donovan, apareció ante ella. Suspiró. Luego, sus ojos se clavaron en la página impar, situada frente a aquellos nombres.

Recordaba muy bien haberla visto en limpio cuando salió de la oficina aquel día. No había nombres en ella. Ahora, figuraba uno más, posterior al de los dos futuros clientes, pues Sally conocía bien la metódica forma en que Donovan anotaba siempre los nombres allí. Jamás se saltaba una página, ni variaba el orden.

Leyó el nombre escrito allí: *Suzzy Moore. Apartamentos Scott, 23-F.*

Nada más. Sus pupilas centellearon, pero como mantuvo la vista baja, no lo advirtió el fiscal. Éste interrogó suavemente:

—¿Está todo tal y como lo dejó el señor Donovan aquel día?

Ella asintió con la cabeza.

—Eso parece —dijo con sencillez, devolviéndole la agencia—. Tampoco esperaba nada, ciertamente. Gracias de todos modos, fiscal.

McGee volvió la agenda al cajón. Sally extendió su mano, despidiéndose. Él se puso en pie, ceremonioso, y le estrechó la mano.

—Créame, señorita Maxwell. No juegue a los detectives. La vida no es una novela divertida, sino un constante riesgo para quien se olvida de la prudencia.

—Lo recordaré siempre —sonrió, sardónica, y abandonó el despacho.

El fiscal, rápidamente, tomó el teléfono de encima de su mesa, y marcó un número interior del City Hall. El de la oficina del *sheriff*. Una voz respondió:

—¿Dígame?

—¿Está ahí Fisher? Soy el fiscal McGee. Necesito con urgencia de Fisher…

—No, no está, señor McGee —fue informado—. Ha ido a ver al escritor ese de la senda, a Coolidge, para interrogarle sobre la

muerte de aquella desconocida…

—Ya. Bien, es igual. Que cualquiera de ustedes salga inmediatamente detrás de la señorita Sally Maxwell, que ha abandonado mi despacho ahora mismo. Es fácil de identificar. Pelirroja…

—Y muy bonita, sí. Con unas piernas formidables —rió el del teléfono—. Entendido, señor McGee. La conocemos muy bien todos los chicos de Fletcher. Es un placer su encargo. Salgo detrás de ella enseguida. Soy Monty Wagner, señor.

Y el agente del *sheriff*, Monty Wagner, colgó el teléfono, se incorporó de un salto y alcanzó su chaqueta al vuelo, lanzándose al pasillo con rapidez.

Llegó a tiempo de ver salir del ascensor, en la planta baja, a la sugestiva pelirroja. Se lanzó tras ella con aire indiferente, metiéndose entre las mandíbulas una pastilla de goma de mascar.

CAPÍTULO III

MUJER MUERTA

Aldo Fisher contempló al hombre que le había hecho pasar al confortable, bien amueblado y cálido *living*, cuyo circular ventanal, sobre un largo canapé de tapizado verde, asomaba a los setos y arriates cubiertos por la nieve. En el hogar ardía un alegre fuego tan rústico como eficaz.

A Fisher le gustaba el olor a leña quemada, y más si a ese olor se mezclaba, como pronto ocurrió, el del café bullendo en una maquinita eléctrica exprés.

Arthur Coolidge, le sonrió, quitándose de la boca la pipa de brezo tallado. Un par de ojos castaños, estrechos y astutos, le estudiaron sobre la aguileña nariz.

—Y bien, comisario. ¿Es una visita de cumplido o un deber profesional?

—Sospecho que lo último, señor Coolidge.

—Ya. La policía de Fletcher sigue detrás del misterio de la muchacha rubia asesinada a menos de doscientas yardas de mi casa, ¿no es eso?

—Eso es —Fisher asintió con su maciza cabeza rubia, contemplando los cuadros murales, pequeños y tradicionales, la mesa de trabajo, repleta de cuartillas, con una máquina de escribir portátil—. No quiero que me juzgue impertinente.

—Claro que no. Usted investiga. Es su trabajo, como el mío lo es escribir. Le comprendo y estoy a su disposición. Soy el vecino más próximo a ese crimen, ¿no es así?

—Sí. Eso le da derecho al dudoso privilegio de tener primacía como testigo.

—¿Testigo de qué? —El escritor se encogió de hombros. Anudó

mejor el cinturón de su batín de seda azul, sobre los pantalones de mezclilla gris, y sonrió abiertamente. Inclinó un poco la cabeza gris, aristocrática y pulcra—. No vi nada, mi querido comisario. Ni oí nada. Si ocurrió durante la noche, debió sorprenderme dormido. Mi sueño es muy profundo.

—Según el forense, la muerte ocurrió entre nueve y once de la noche.

—Ya. A las nueve aún estaba levantado. Leía, y le confieso que no advertí nada extraño fuera de la casa. Nevaba terriblemente, y eso era todo para mí. Sobre las diez menos cuarto debí acostarme, no lo recuerdo bien. Y seguí sin percibir nada sospechoso.

—¿Vive solo en esta casa, señor Coolidge?

—Completamente solo —sonrió, contemplando la cafetera eléctrica, que empezaba a despedir dos chorros de café hacia las tazas situadas debajo—. Sin perros, gatos ni nada de eso. Una mujer viene a mediodía y hace las tareas de casa. Eso es todo.

—¿Soltero?

—Solterón —rió Coolidge de buen humor, depositando las tazas en sus respectivos platos, y tendiendo una a Aldo Fisher—. ¿Café solo, con leche… azucarado?

—Solo. Y un terrón de azúcar, por favor —se lo sirvió Coolidge, y él lo tomó—. Gracias. ¿Siempre escribe aquí sus libros?

—Los buenos, sí. Cuando escribo en ese horrible agujero de cemento que es Nueva York, lo hago bastante peor. Por eso siento cierta simpatía peculiar hacia Vermont. Me gusta esta tierra.

—Muy amable con nosotros, señor Coolidge. He leído algunos de sus libros, especialmente «Evasión» y «Los muertos sin voz». Me gustaron.

—Muy amable con ellos —repuso suavemente el escritor, repitiendo sus palabras casi exactamente—. Los escribí en Vermont, por cierto.

—¿En los veranos en que viene a pasar aquí su temporada habitual?

—Sí.

—Pero esta vez, no es verano —dijo sencillamente Aldo, con sus grises ojos fijos en Coolidge, por encima de la taza humeante.

—No —Coolidge le miró, sorprendido—. ¿Eso significa algo especial para usted?

—¿Por qué había de significarlo? Es cierto que estamos en invierno, ¿no?

—Sí, pero su tono… Me ha parecido muy peculiar. ¿Le parece sospechoso que esté aquí en invierno… precisamente coincidiendo con la muerte de esa desconocida?

—Su crudeza me ahorra muchos rodeos, señor Coolidge. En el fondo, es algo así. Técnicamente, podría expresarse de otro modo…

—Pero seguiría siendo lo mismo —rió el escritor—. Eso tiene gracia. ¡Arthur Coolidge, sospechoso de un crimen cometido en Vermont, en la persona de una mujer a la que jamás vi!

—¿Ha visto su fotografía en los periódicos?

—Sí —se estremeció—. Le confieso que es de muy mal gusto una fotografía de un cadáver. Pero sé que la policía no puede parar mientes en el bueno o mal gusto de las cosas que le son útiles. Si quiere saber mi respuesta, no la conocía. No sé quién era.

—Es encantador interrogarle, señor Coolidge —sonrió Aldo Fisher, dejando su taza vacía sobre una mesita. Al hacerlo, descubrió la portada de la revista «*Look*», sobre la misma. Y en ella, la fotografía de Diana McNeil, enlutada y sollozante, junto a la serenidad grave e impresionante de Bryan McNeil, su marido. Debajo, el titular sencillo, escueto: «PADRES DESOLADOS. ¿QUIÉN SECUESTRÓ Y ASESINÓ A ROSS MCNEIL?». Dejó la taza de modo que no tapase los rostros de la famosa pareja de multimillonarios de la Quinta Avenida. Comentó—: ¿Le interesa el caso McNeil?

—¿Cuál? —Coolidge pareció quedarse perplejo ante la inesperada pregunta. Luego, sus ojos siguieron la dirección de los de Aldo Fisher, y comprendió—: Oh, ¿eso? Sí, claro. Es un asunto apasionante. Además, conozco a los McNeil personalmente. Eso le da mayor interés particular en mi caso. ¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada… —Fisher sonrió vagamente—. Lo he recordado al verles en esa fotografía. Simple curiosidad. Profesional, si quiere. Por cierto, señor Coolidge, aún no me ha contado la razón que ha tenido para venirse en pleno invierno a Fletcher. ¿Es simple plan de trabajo?

—En cierto modo, sí. Si echa una ojeada a mi novela actual, observará que transcurre en el norte, y en pleno invierno. Me estoy ambientando un poco. Eso da mayor realismo a la obra.

Aldo se incorporó, acercándose a la máquina de escribir.

Contempló el folio inserto en el rodillo. Era el número doscientos veintitantos. Advirtió, en efecto, que se citaba el clima invernal, la nieve y la baja temperatura.

—Sólo se fía de lo que ve, ¿no es eso? —rió Coolidge, algo hostil.

—Sí. Es la única manera de estar seguro del todo —se inclinó sobre el montón de hojas mecanografiadas, y curioseó en ellas—. Veo que tiene razón en lo del ambiente. Eso explica su visita invernal a Vermont. Espero no haberle ofendido…

—La policía nunca ofende. Está dentro de su obligación interrogar a la gente. Y ser desconfiada. Me gustaría ser más útil, sin embargo. No le he sido una ayuda muy grande, ¿verdad?

—Usted no puede remediar eso.

—Cierto. No está en mi mano. Es curioso que esa mujer transitara por esta zona a tales horas de la noche, ¿no cree? No abundan por aquí las residencias habitadas.

—Es cierto. Su asesino la siguió o brotó de los setos, cayendo sobre ella por la espalda. Tenía un hematoma muy fuerte en el cuello, por dónde debió aprehenderla el brazo de su asesino. Y varios golpes con un objeto plano y contundente, de metal sin duda alguna, que le rompió la base del cráneo.

—Es horrible —se estremeció el escritor—. Sucesos que sólo se creen posibles en las novelas policiacas, o en las crónicas negras, nunca inmediatos a uno. ¿Saben ya su nombre, origen o algún dato para identificar a esa desventurada joven?

—Nada en absoluto. Estamos revisando las denuncias por desaparición. Pero de momento, no podemos deducir cosa alguna. Al parecer, nadie la vio los días anteriores a su muerte, en Fletcher. Nadie ha dado referencias de ella. Nadie sabe de dónde vino, lo que hacía aquí y quién podía ser. Así están las cosas.

—No muy brillante panorama, ¿verdad?

—En efecto —se incorporó, con un suspiro—. Bien, señor Coolidge, le dejo en su confortable gabinete, escribiendo sobre el frío clima de Vermont. Yo, voy a desafiarlo ahora. Sin calefacción ni batín de casa. Es lo que diferencia a un escritor de un policía.

—Le deseo suerte —estrechó su mano en la puerta de la casa—. Buenas tardes, comisario.

Aldo Fisher se alejó por la grava nevada. Sus pies se hundieron

en el camino, donde el espesor de la nieve era mucho mayor, alcanzó su coche furgoneta, y regresó con marcha lenta a Fletcher.

Absolutamente nada positivo sobre la mujer rubia asesinada, pensó mientras manejaba el volante, a través del blanco paisaje. En cambio, por puro rebote, un dato que podía tener su valor, pero en un caso distinto: Arthur Coolidge, el notable escritor neoyorquino, conocía personalmente a los McNeil. Esto no era muy extraordinario, habida cuenta de que los millonarios y las personalidades literarias o artísticas acostumbraban a tener frecuentes contactos en el gran mundo social.

Pero no dejaba de tener su interés. Porque Kervin Donovan, la otra persona muerta últimamente en Fletcher, había venido a ver a alguien relacionado con el caso McNeil… o a averiguar algo muy importante sobre tal asunto.

Posiblemente, el escritor no tenía nada que ver en todo eso. Sin embargo, Aldo no olvidaría el dato. Su mente joven y despierta, era un registro viviente de informes y datos, que no necesitaba apuntar en ninguna parte.

Sally sonrió para sí, alejándose del escaparate de la droguería.

La seguían. Desde que saliera del City Hall, era evidente.

Su «sombra» no era muy torpe. Pero tampoco era un prodigio siguiendo a la gente. Había visto gente más hábil en Nueva York, al servicio de su jefe. Donovan decía siempre que un buen detective debe saber convertirse en la «sombra» perfecta de cualquiera. Y también descubrir cuándo, a su vez, es seguido por otro.

Sally se creía capaz de ambas cosas. No era la primera vez que lo demostraba. Su difunto jefe hubiera podido confirmarlo, si hubiera vivido, recordando ciertos casos en los que la astucia e instinto de ella habían sido fundamentales.

Taconeaba por la amplia acera, bordeada de nieve, resbaladiza y ligeramente embarrada, mientras hacía funcionar rápidamente su cerebro. Vio pasar ante ella un autobús urbano de carrocería verde oscuro, con grandes anuncios de un detergente famoso.

Rápida, subió a ese vehículo, en la parada, cuando el vehículo arrancaba ya. Sonrió, mezclada entre la gente que viajaba de pie en el mismo, observando que a espaldas del coche, su «sombra» se lanzaba a la desesperada caza de un taxi para seguirla.

Tuvo suerte, y alcanzó uno. Sally apretó los carnosos labios,

levemente defraudada. Ahora su vigilante sabía que ella conocía la persecución de que era objeto. Eso haría más difícil escabullirse.

Pasó dos paradas sin moverse, siempre mirando, por encima del hombro de los que le rodeaban, hacia el coche de alquiler que iba detrás del autobús. Esperó. El autobús giró una esquina. Rápida, Sally esperó el momento de la vuelta, para bajar a la acera. El autobús continuó, mientras ella se mezclaba con la gente. A sus espaldas, percibió el patinazo de unas ruedas sobre el asfalto, al detenerse el coche de alquiler.

Vio una calle adyacente, no muy ancha. Entró por ella con premura. La primera entrada, a su derecha, era la correspondiente a un almacén de transportes. Estaban cargando varios camiones y furgonetas de carga. Entró allí.

Fingió avanzar hacia el fondo de la vasta sala repleta de cajas y fardos, donde se veía una especie de jaula de cristal, en la que dos o tres hombres escribían furiosamente a máquina.

Pero lo que hizo fue detenerse en cuanto llegó a la altura de una de las furgonetas cargadas, y se pegó a su parte posterior, mirando hacia la calle a través de los visores de cristal de la puerta trasera. El panel de cristal que separaba la cabina de carga de la de conducción, permitía distinguir claramente el exterior.

Vio pasar con rapidez a su seguidor. Ella, veloz, regresó hacia la puerta.

—¿Busca algo, señorita? —preguntó un hombre con camisa sudorosa, cargado con una pesada caja.

Ella afirmó sonriendo.

—Sí, pero me equivoqué de edificio. Es aquí al lado, por lo que veo…

Le dio las gracias y salió. Calle adelante, mirando al interior de varias tiendas situadas a continuación del almacén, iba el hombre que la siguiera. Aprovechó un momento en que empujaba una puerta vidriera de una casa de cosméticos, para lanzarse de nuevo a la calle principal, y por ella, con ligero paso, regresar a la esquina, en la que tomó un taxi, diciéndole que diera vueltas por la ciudad hasta que ella avisase.

Sonrió poco después, mirando tras de sí. Nadie la seguía ya. Se sintió satisfecha de sí misma. Tras recorrer varias calles, inclinóse hacia el chófer del taxi.

—¿Sabe usted si existen unos Apartamentos Scott en Fletcher? —interrogó.

—¿Scott? ¿Scott dice? No recuerdo… —El taxista se rascó la cabeza, perplejo, bajo su gorra de uniforme—. ¡Espere! Hay un nuevo edificio de apartamentos de alquiler, en Lambille Road. Está un poco alejado de la población, en realidad. Creo que inauguraron esa residencia hace cosa de una semana… Poca gente la conoce en Fletcher. Yo mismo, no la recordaba.

—Lléveme allí, entonces —pidió Sally Maxwell—. Lo más rápidamente posible.

El taxista asintió. Fue un trayecto largo, cruzando casi la totalidad de Fletcher, en sentido diagonal, hasta su zona sudeste. Allí, enfilaron una amplia carretera bordeada de abetos, en la que la nieve era más abundante y densa que en el resto de la ciudad.

—Ahí tiene los Apartamentos Scott —indicó el taxista, frenando ante una verja festoneada de blanco.

Sally contempló el edificio. Parecía un hotel campestre, puramente invernal. Fachada de rojos muros enladrillados, tejados pinos de pizarra, amplios ventanales y galerías encristaladas con alegres macetas de flores de invierno, y una ancha senda de grava entre setos, que conducía a la entrada de escalones de piedra, casi sepultados por la nieve.

La joven pidió al taxista que esperase. Se adentró a lo largo del sendero. Parecía estar sobre una buena pista. La escasa vida de aquel establecimiento desde su inauguración, justificaba la ignorancia policial sobre el significado de la dirección anotada por Donovan en su agenda.

En el vestíbulo de la residencia, fue atendida por un conserje de uniforme marrón, con botones plateados, y blanco cabello liso, sobre la faz sonriente y benigna.

—¿Qué desea, señorita? ¿Un apartamento tal vez? Disponemos de algunos que…

—Cualquiera será bueno —cortó ella con una sonrisa cordial—. He de estar en Fletcher cosa de cinco o seis días. Además, creo que mi amiga reside también aquí.

—¿Su amiga? —El conserje extrajo el libro registro, tendiéndolo a la joven—. Es posible, señorita. ¿Cómo se llama?

—Suzzy. Suzzy Moore, ¿la recuerda? —habló

despreocupadamente Sally, firmando en el registro, mientras sus ojos no perdían detalle de las hojas del libro, buscando el nombre que estaba refiriendo.

Cuando creía haberlo hallado, las manos rugosas y morenas del conserje apartaron el libro. Con el ceño fruncido, reflexionaba.

—¿Suzzy Moore? Oh, me suena ese nombre, pero… —consultó el libro—. ¡Oh, ahora veo! Susan Moore.

—Sí —Sally respiró hondo—. La misma. Suzzy para sus amigas… ¿Sigue aquí?

—Pues… sí y no —rezongó el conserje, con cierta perplejidad.

—No le entiendo —le miró fijamente—. ¿Está o no?

—Está registrada aquí. Y ha pagado ya diez días de estancia. Tiene el apartamento número…

—Veintitrés, letra F —rió Sally, sin apartar sus ojos del otro—. Es eso, ¿no?

—Sí —la miró, con sorpresa—. Está usted bien enterada, señorita… Pero tal vez no sepa que, desde la llegada de su giro y su encargo, desde Montpelier, no ha aparecido por aquí. Yo registré su nombre, y le telegrafié su apartamento, de conformidad con lo que solicitaba. Al parecer, le habían debido indicar esta residencia en alguna agencia de turistas de Montpelier, porque fue al día siguiente de inaugurarla cuando recibimos su demanda. Solamente podía saberlo por una agencia de nuestra cadena de publicistas en Vermont, que anunciaban ya la inauguración del local.

—Seguramente. Suzzy es así —Sally Maxwell estaba defraudada—. ¿Seguro que no ha venido?

—Mire —el conserje señaló el tablero de llaves—. Aquí tiene la llave

23-F.

Nadie ha venido a por ella… ¡Oh, espere! Incluso tenemos aquí la maleta de ella, llegada por el correo de Montpelier a estas señas, pero sin su dueña ni otra indicación. Esperamos que aparezca algún día. Nadie gira el dinero y envía su equipaje, para no dar más señales de vida, ¿no le parece?

—Sí. A no ser que no haya podido venir —aventuró Sally.

—Eso es. O que haya sufrido algún accidente… —El conserje buscó una llave y se la tendió a Sally—. Pero por si viniera, le daré el

25-F,
al lado del apartamento de su amiga. ¿Está satisfecha así?

—Oh, desde luego —ella sonrió de aquel modo suyo, cautivador y espontáneo—. Es usted un ángel. ¿Qué debo abonarle?

—Si no trae equipaje, se paga por anticipado —el conserje la miró con simpatía—. Pero basta con que abone un solo día. Será suficiente para cumplir el reglamento.

—Gracias, amigo. Le abonaré cinco días anticipados. No sé si podré estar más tiempo en Vermont.

Le fue entregada una llave con una placa metálica en la que figuraba el número
25-F.
Un empleado la condujo al piso segundo, y tras cruzar ante el número
23-F
que ella miró de soslayo, llegaron al que a ella correspondía. Entregó al empleado un billete de cinco dólares para que pagase al taxista que aguardaba fuera, y entró en su habitación.

Eran bellos y modernísimos apartamentos, de mobiliario claro, funcional, muros de fingida rusticidad, y espesas alfombras. La calefacción era excelente, y la temperatura de una tremenda diferencia con el exterior.

Abrió su bolso, extrayendo un cigarrillo, que fumó con cierto nerviosismo. Esperaba. No sabía el qué, pero esperaba. Estaba reflexionando con furibunda rapidez.

Aquella dama que no aparecía, era un misterio. Un misterio más, en torno al enigma de la muerte de Kervin Donovan. Sally estaba dispuesta a hurgar en aquella maraña, a encontrar algo. Por insignificante que fuese, algo…

Terminó el cigarrillo, que aplastó en el cenicero, clavando su mirada pensativa en la puerta de su alcoba. Estaba mirando la llave del apartamento. No era del tipo Yale o plana, sino una llave sólida, anticuada de aspecto, sin duda para hacer más efecto de refugio o albergue tradicional al huésped de los Apartamentos Scott.

Ése podía ser su medio de intentar algo. Sonrió, hurgando en su bolso. Se había traído consigo el juego de ganzúas de reducidas dimensiones que poseía por duplicado, con su jefe. Eran solamente media docena de tipos. Pero rara era la cerradura que se resistía a

ellas.

Salió al pasillo. No había nadie en cuanto abarcaba la vista. Se acercó a la puerta
23-F.
Empezó a probar llaves. A la tercera, cedió la puerta. Rápida, Sally entró, cerrando tras de sí.

Era una apartamento gemelo del suyo. Idéntico en todo. Solamente las butacas variaban. El tapizado de su alcoba era azul. El de esta, verde manzana. También había otro elemento que cambiaba el aspecto general de la sala.

Una maleta de piel, de cantoneras redondeadas, con sus tapas blancas y el reborde o grueso en negro. Estaba en el centro de la alfombra, como esperando a su dueña.

Colgaba de ella una tarjeta en una funda de piel y plástico. Leyó su nombre: «SUSAN MOORE PARRISH. *Nueva York City, N. Y.*».

La cerradura de las maletas era más sencilla de abrir. Bastaba la ganzúa pequeña, una llave maestra a propósito para cerraduras sencillas y reducidas. Dos rápidos giros dentro de las dos cerraduras, dejó estas abiertas. Depositó la maleta en la alfombra. Una leve transpiración hacía brillar la piel de su bonito rostro durante la operación.

Era la primera vez que hacía algo así. Esperaba que su conciencia no le reprochara mucho aquel acto tan poco edificante. A veces, un investigador privado debía renunciar a sus escrúpulos, si quería llegar al fondo de la verdad.

La maleta estaba abierta. Alzó la tapa. Ropas femeninas de nylon brotaron como una cascada brillante de colores y de brillo. Las apartó. Había vestidos de tonos claros y alegres. Una figura juvenil y esbelta, juzgó Sally a la vista de ellos. En eso, era una autoridad.

Apareció una gran fotografía enmarcada con marco funcional de madera clara, y encristalada. La fotografía de una hermosa muchacha de gran melena rubia, grandes ojos claros, boca carnosa y nariz recta. El pie de la fotografía indicaba: *Wallis, Arte Fotográfico. West Broadway, N. Y.*

Contempló a la mujer con expresión abstraída. ¿Dónde había visto ella últimamente ese rostro? Estaba segura de que no le era totalmente desconocido…

Su abstracción le había impedido prestar atención a la puerta. Si

se abrió a sus espaldas, no lo advirtió. Al menos, no hasta que fue demasiado tarde, y la dura, fría voz llegada detrás suyo, la encogió con su impacto ominoso:

—¡No se mueva! Está usted encañonada por un revólver… ¿Sabe que la fotografía que tiene en sus manos *pertenece a una mujer asesinada*?



—¿Sabe que la fotografía que tiene en sus manos es de una mujer asesinada?

CAPÍTULO IV

MISTERIOS

Aldo Fisher alcanzó el centro de Fletcher sin novedad. Se encaminó al City Hall para conocer las novedades de la Fiscalía. Tal vez McGee tuviera algo, aunque las esperanzas de Aldo eran muy escasas en ese sentido.

El joven comisario de Fletcher no alimentaba ilusiones excesivas sobre el curso de los casos que tenía entre manos. Los limitados medios investigadores de una población provinciana como aquélla, y el hecho de que tanto Kervin Donovan como la desconocida dama muerta en la senda vecinal fuesen forasteros en Fletcher, complicaba las cosas hasta límites insospechados.

Se sentía desalentado, invadido por una creciente irritación. Era como verse metido en un callejón sin salida, sin otra alternativa que retroceder, saliendo de él para experimentar el fracaso total, o yendo a estrellarse tercamente en el muro que lo cerraba.

Él era de estos últimos. Prefería chocar a vacilar ante dos sendas. Pero ¿había siquiera algo en que chocar?

Cuando pisó la acera del City Hall, casi se estrelló con alguien que venía apresuradamente en dirección opuesta.

—¡Diablo, Wagner! ¿Es que no ves por dónde vas? —le interpeló Aldo a su ayudante.

—¡Oh, comisario! —saltó el muchacho, agitado, al reconocerle —. Me alegra verle. Vengo de cumplir un encargo del fiscal…

—¿Tan urgente era? —sonrió Aldo, iniciando la marcha hacia los ascensores del City Hall.

—Bastante. Tenía que seguir a una mujer.

—¿Una mujer? —Le escudriñó, sorprendido—. ¿A quién?

—Esa pelirroja neoyorquina…

—¿Sally Maxwell?

—Sí. El fiscal dice que conviene vigilarla. Lo hice. Se me escapó enseguida, la muy endiablada muchacha.

Aldo rió sin disimulos. Luego preguntó:

—¿Lo sabe McGee, Wagner?

—Lo sabe. Se lo telefoneé y se puso furioso. Dice que esa chica se ha propuesto la locura de seguir las investigaciones que fueron interrumpidas por el asesinato de Donovan, para vengar a su jefe y descubrir al asesino.

Ahora, Aldo ensombreció su rostro y lanzó una imprecación.

—¿Se ha vuelto loca? ¡Pueden matarla también a ella!

—Es lo que asegura McGee que puede ocurrir. Por eso quería que la siguiera y cuidase de su integridad. Pero la tal Sally descubrió que era vigilada y se escabulló muy diestramente. No es ninguna novata…

—Debiste recordar que era secretaria de un buen detective privado de Nueva York. Y la mejor prueba de que era bueno su jefe, es que lo mataron. Iba por buen camino, tras un criminal. Lo que no comprendo es por qué precisamente aquí, en Fletcher, Wagner.

—¿Qué hacemos ahora, comisario?

—Esperar a que reaparezca nuestra bonita y tozuda pelirroja, para hacer una vigilancia más cuidadosa y difícil de vencer. No es ninguna tonta, pero se mete en un juego peligroso si quiere seguir adelante en este asunto por simple gratitud al muerto.

Entraron en el despacho de Aldo. Éste arrojó su sombrero sobre la percha, con gesto irritado, y se dispuso a subir a ver al fiscal para exponerle los pobres resultados de su visita a Arthur Coolidge.

—¿Alguna novedad, Wilkins? —preguntó al otro empleado de la oficina del *sheriff* local, cuyo puesto ocupaba él accidentalmente.

El pecoso muchacho de cabellos color panocha afirmó con un encogimiento de hombros, tendiendo a Fisher un volante escrito apresuradamente.

—Una denuncia de Riverville, por abandono de un automóvil.

—¿Riverville? Eso está cerca de la senda vecinal, ¿no?

—A cosa de dos millas, aproximadamente. El coche tiene matrícula de Nueva York, y está virtualmente cubierto de nieve. Lo encontraron los patrulleros de carretera.

—¿Saben a quién pertenece?

—Sí, la portezuela estaba solamente cerrada de golpe, sin asegurar. La documentación va al nombre que dice ahí. Y había algunos papeles dentro de las bolsas de las portezuelas. Lea, comisario…

Aldo lo hizo, encaminándose hacia la salida para ir a vez al fiscal. No le interesaba mucho, salvo por el detalle de la escasa distancia a la senda vecinal. Leyó:

> «Coche matrícula Nueva York
> 134-218,
> abandonado milla trescientos doce en la carretera general de Montpelier a Albany. Puertas solamente cerradas sin asegurar. Documentos en bolsas. Un periódico fecha de enero, el "Montpelier Sun", parece indicar que en esa fecha estaba en Montpelier. Propietaria coche, Susan Moore Parrish, de Nueva York. Veintiocho años. Profesión dudosa. Cabellos rubios en tapizado coche. Un telegrama fechado en Fletcher, a su nombre, al Hotel Green Mountains de Montpelier, indica reserva alojamiento Apartamentos Scott Fletcher. Apartamento 23-F a su nombre. Telegrama de fecha 7 de enero. Según informes el coche lleva cosa de cuatro a cinco días abandonado en ese punto de la carretera. Y no se debe a bloqueo por la nieve, porque está transitable en buenas condiciones. Telegrafíen informes y resolución. *Don Warren, sheriff de Riverville».*

Aldo Fisher dio un brusco giro a su rumbo. Con media vuelta rápida, regresó hacia atrás. No se paró siquiera en su oficina. Alcanzó el ascensor y bajó a la planta inferior. Subió de un salto a su furgoneta y avanzó velozmente hasta el cruce inmediato. Allí interrogó al agente de tráfico:

—¿Los Apartamentos Scott los conoces tú, Davis?

—¿Scott? Diablo, no sé de ningún establecimiento con ese nombre.

—Tiene que haberlo. Lo hay en alguna parte de Fletcher, estoy seguro.

—Espera, Aldo. En Lambille Road han inaugurado hace poco un parador o residencia de turistas… pero no sé cómo se llama, ni si

será el que buscas…

—¡Gracias, Davis! —Agitó su mano, apretando a fondo el acelerador.

El coche patinó sobre la nieve helada y embarrada, partiendo velozmente hacia el sudoeste de la población. Salvó cruces con la luz roja en el semáforo, agitando su mano vivamente a los agentes de tráfico, que le dejaron paso.

Una vez en la ancha pista de asfalto, redujo la velocidad para no provocar tanto ruido. Ante la verja de blancos festones nevados de los Apartamentos Scott, detuvo el automóvil.

Penetró como una tromba en el vestíbulo, y se encaminó en derechura a la oficina o *comptoir*. El conserje de uniforme marrón le atendió, borrándose su sonrisa al reconocer al representante de la Ley.

—Comisario, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó roncamente, alarmado.

—Busco a una cliente suya. ¿Cuándo han abierto esto?

—Hace pocos días, comisario. Pero no hemos hecho nada ilegal ni…

—No vengo por eso. Deme el libro de registro, enseguida.

Se lo tendieron. El dedo de Fisher buscó velozmente en la lista. Se paró en el nombre de Susan Moore abruptamente. Levantó sus duros ojos grises hasta el hombre.

—¿Dónde está esta mujer? Busco a Susan Moore…

—Diablo, todo el mundo busca a esa mujer…

—¿Todo el mundo? ¿Qué quiere decir? —Se inquietó Fisher—. ¿Quién más la buscó?

—La otra señorita, su amiga…

—¿Qué amiga? ¿Cuándo estuvo aquí?

—Hace poco tiempo que ha llegado. Está arriba, en su propio apartamento, al lado del de la señorita Moore… Es la que firma al final del libro.

Fisher miró. Pegó un respingo al leer el nombre.

—¡Sally Maxwell! —Parpadeó, sorprendido—. ¡Esa chica otra vez…! ¿Cómo diablos ha podido saber…? Oiga, amigo, ¿está ahora la señorita Moore aquí?

—No ha estado nunca. Tiene reservada habitación, su equipaje arriba… pero ella no ha llegado. No la hemos visto aquí todavía…

Aldo Fisher no habló más. Se lanzó escaleras arriba, sin pedir explicaciones. El conserje, alarmado, le vio desaparecer por el hueco.

El joven comisario se detuvo en el pasillo del segundo piso. Pisaba cautamente ahora, sin hacer ruido sobre la alfombra. Vio las puertas correspondientes a las dos mujeres. 25-F y
23-F…
Se acercó a esta última, con la intención de seguir adelante para entrar en el
25-F
y encararse a la entrometida pelirroja.

De repente, se envaró, deteniéndose en seco. Un leve ruido le llegó del interior de la habitación que debía de haber estado deshabitada. Aguzó el oído. Acaso se había equivocado y el ruido procedía del apartamento vecino.

Pero no. Ahora el ruido se repitió, más susurrante. Como roce de telas o algo así. El anterior había sido igual que un pestillo al descorrerse de golpe. ¡La maleta! Lo pensó enseguida. La maleta de Susan Moore…

Desenfundó el revólver sin hacer el menor ruido. Se pegó a la puerta. Lenta, cautelosamente, cerró la mano sobre el pomo. Probó a abrir. La puerta cedió sin un chirrido. Buen engrase el de las bisagras y cerraduras de aquel hotel.

La puerta se abrió. La persona que le ofrecía su espalda, arrodillada ante una maleta blanca y negra de lujo, ni siquiera advirtió la intrusión. Una buena porción de bella pantorrilla enfundada en nylon era visible por la postura de la mujer que registraba la maleta.

Aldo vio que contemplaba unos vestidos claros y juveniles, propios para figura muy esbelta. Instintivamente, imaginó a una mujer vestida con ropas así.

La víctima de la senda vecinal, la misteriosa rubia asesinada…

Ahora se despejó su última duda. Sally Maxwell acababa de alzar entre sus manos una gran fotografía. El rostro rubio, lleno de vida y de atractivo de la misma mujer a la que él viera muerta días atrás, pareció mirarle a través del cristal del marco, como en un póstumo mensaje desesperado.

Dominándose, pensó en dar un buen susto a la entrometida

pelirroja. Bien merecido se lo tenía. Encañonándola con su revólver, la espetó fríamente:

—¡No se mueva! Está encañonada por un revólver… ¿Sabe que la fotografía que tiene en sus manos pertenece a una mujer asesinada?

Sally soltó de sus dedos el retrato. El cristal se quebró en pedazos al golpear el borde de la maleta y, rebotado, caer contra una esquina del muro. Luego, reposó boca abajo sobre la alfombra.

—¡Dios mío! —Se volvió, muy pálida, cubriéndose la boca para no gritar. Al reconocer a Aldo Fisher, un vivo rubor tiñó sus mejillas y centellearon los claros ojos con ira—. ¡Usted…!

—Señorita Maxwell, creo que puedo arrestarla ahora impunemente. Acusación de allanamiento de morada con fractura, y registro de pertenencias ajenas, totalmente ilícito. ¿No cree que puedo meterla cosa de un par de meses a la sombra?

—¡Comisario, usted no puede hacer eso! —Se enfureció ella, irguiéndose de un salto.

—Claro que puedo. Y lo haré —duramente, se acercó más a ella —. ¿Qué hace aquí?

—Evidentemente, lo mismo que usted. Sólo que usted parece saber algo más. ¿Quién le ha dicho que Suzzy Moore ha muerto asesinada?

—¿Y a usted quién le dijo que ella ocupaba un apartamento en este hotel? —preguntó a su vez Fisher, con cara de pocos amigos.

Ella apretó la boca firmemente, sin responder.

—No quiere hablar, ¿eh? —Aldo enfundó su revólver con un gesto exasperado—. ¡Escuche, señorita Maxwell! ¡Esto no es un juego! ¡No se meta en nuevos enredos! ¡Me tiene sin cuidado lo que usted sienta por su antiguo jefe, infortunadamente desaparecido, pero no toleraré que se inmiscuya en todos los asuntos criminales de Fletcher! ¡Va a irse a Nueva York, *enseguida*, o le meteré con pleno derecho en la cárcel por lo que acaba de hacer!

—Tendrá que meterme en la cárcel —le desafió Sally—. No me iré.

Aldo dominó su ira. No era buen sistema enfurecerse frente a aquella endiablada muchacha. Con toda frialdad, la estudió de arriba abajo antes de decir:

—Muy bien. Así se hará. ¿Pero es que tampoco va a decirme por

qué anda detrás del crimen de la senda vecinal, cuando su interés debería estar en el otro caso, el de Kervin Donovan?

—¿Cómo? —saltó ella vivamente—. ¿Es que esa mujer, Suzzy Moore, es la que encontraron el mismo día de la muerte de Donovan?

—Claro. No me dirá que no lo sabía, ¿verdad, Sherlock Holmes con faldas?

—No, no lo sabía —se acercó a él, profundamente intrigada—. Pero veo que hay algo que usted tampoco sabe.

—¿Y va a tener la gran magnanimidad de decírmelo? —rió con sarcasmo Aldo.

—Sí, se lo diré. Tal vez eso le explique por qué estoy aquí. La dirección de Suzzy Moore en el apartamento
23-F
de este edificio, figuraba en último lugar en la agenda de mi difunto jefe…

Un mazazo en la cara no le hubiera sentado peor a Fisher. El joven comisario sacudió su rubia cabeza, estupefacto. Miró a Sally, que parecía ahora triunfante. Comprendió que decía verdad.

Y llevándose una mano a la cabeza, masculló:

—¡Oh, no! Los dos crímenes… *están relacionados entre sí*, según usted…

—Sí. Y eso es algo que yo tampoco sabía. Porque ignoraba que Suzzy Moore hubiera muerto. ¿Sabe que venía de Montpelier?

—Sí —Aldo la miró, dominando su decaimiento, y revelando repentinamente admiración hacia la joven—. Se ha encontrado su coche abandonado en la carretera, a dos millas escasas de donde fue asesinada.

—Eso carece de sentido, comisario. ¿Con aquella nevada iba a caminar dos millas?

—¿Cree que no sé cuándo una cosa carece de sentido, hijita? —musitó Aldo—. Como tampoco lo tiene que estuviera *allí*… en el lado opuesto de la ciudad a este parador. Pero así es. Esa mujer de la fotografía es la misma que estaba muerta y nadie logró identificar. En este hotel, como ignoraban su aspecto físico y la esperaban cualquier día, sin duda no pensaron siquiera que fuese la mujer hallada muerta. Y así, hemos caminado durante casi una semana entre sombras.

—Todo esto es muy confuso, comisario. ¿Por qué vino mi jefe a Fletcher? ¿Por qué hizo lo mismo Suzzy Moore? ¿Por qué tuvieron que morir los dos? ¿Qué buscaban?

Aldo Fisher había recuperado su sangre fría y el dominio de su eficiencia mental. Con la amplia frente surcada de pliegues, y barrida por un rebelde mechón dorado, estudió a su bonita interlocutora mientras exponía su conclusión:

—La respuesta está en los mismos sucesos. Creo que *se buscaban entre sí*. Kervin Donovan tenía una cita en Vermont…

—¿Con Suzzy Moore? —completó ella.

—Veo que lo entiende. Eso despeja en gran parte el misterio del doble crimen. Nadie había pensado en relacionar a uno con otro, de ahí nuestra desorientación. Parecían dos casos totalmente opuestos y sin cohesión. La fecha, el factor tiempo, podía ser pura casualidad. Además, tenemos el factor desconcertante de que su jefe fue envenenado por el camino, en el viaje desde Nueva York…

—Sí. Y la muchacha fue muerta aquí. Puede haber dos asesinos diferentes, actuando bajo un mismo móvil.

—También podría haber una docena. Pero me resisto a la existencia de una banda de criminales. Dejando eso aparte por el momento, tenemos que su jefe había descubierto la verdad del caso McNeil. Pero, según su costumbre, quería atornillar bien el asunto, obtener pruebas, una confesión firmada, un testimonio directo, o algo así. Supongamos que la persona capaz de proporcionarle tal cosa era Susan o Suzzy Moore, como usted dice.

—Con ese nombre figuraba en la agenda. ¿No lo advirtieron ustedes?

—No. Yo apenas si miré esa agenda. Confié en la inteligencia de McGee. No volveré a hacerlo jamás. Volviendo a nuestra teoría, entonces tenemos que existía ya una previa familiaridad y confianza entre Donovan y la Moore. Lo confirma ese diminutivo cariñoso de «Suzzy». La cita se concierta para tener lugar en los Apartamentos Scott de Fletcher. Un lugar apacible, nuevo, poco conocido. Ideal para su encuentro sin ser vistos ni vigilados. Sin duda la señorita Moore tenía más motivos de temor que su jefe, el cual vino confiadamente. A pesar de todo, ambos cayeron por distintos medios. La cita fracasa, y con ella se hunde la posibilidad de hallar una prueba vital en tal caso McNeil. Su jefe y Susan Moore se llevan

el secreto a la tumba. El asesino ha hecho una baza formidable. Vuelve a la sombra, a la impunidad, de la que estaban a punto de sacarle, para enviarlo directamente a la silla eléctrica.

Sally asintió, pensativa.

—Creo que ha expuesto usted los hechos con una precisión maravillosa, comisario —declaró, sin rodeos.

—Gracias —secamente, Aldo Fisher estudió a la joven mientras hablaba—. Pero usted ha hecho una serie de cosas demasiado peligrosas, en su afán de meter las narices por todas partes. ¿Qué hubiera ocurrido si, en vez de ser yo, es el asesino quien cruza esa puerta a sus espaldas?

—Pues que pronto tendría un bonito cadáver más para su colección particular —rió ella alegremente.

—Ya hay demasiados. No tengo particular empeño en que usted lo sea o no, pero tengo excesivos quebraderos de cabeza, para añadir un tercer cuerpo a esta matanza. De modo que lárguese de una vez a su querido Nueva York, olvídese de jugar a los detectives, y haga lo que haría cualquier muchacha con dos dedos de frente. Alquile el local que le dejó su jefe, cásese y viva como una mujer normal, en un mundo normal, sin crímenes ni sangre.

—No tengo novio ni intenciones de casarme —volvió a engallarse la joven—. Y no seguiré sus consejos, sino lo que a mí me parezca bien, comisario. Le guste o no. ¿Va a encerrarme por el delito de allanar la morada ajena, como ha dicho antes?

—Mire, criatura. La voy a dejar partir en paz. Pero con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que se marche de Fletcher definitivamente.

—Aceptado —sonrió ella, de forma tan inesperada que Aldo pegó un brinco.

—¿Qué? —aulló—. ¿Ha dicho… *aceptado*? ¿O he oído mal?

—He dicho que acepto. Me iré a Nueva York, puesto que tanto lo desea. Y gracias por su magnanimidad, señor Fisher. ¿Salimos de aquí?

—Sí, vamos. Precintaré el apartamento para que nadie entre. Si quiere que la lleve al terminal de autobuses…

—Ahora mismo, no. Pero le prometo marcharme esta noche sin falta. Tiene mi palabra. Yo espero tener la suya…

—La tiene. Prometo no acusarla por ninguno de los delitos que ha cometido. En marcha, señorita Maxwell —radiante, la tomó por el brazo. Al fin iba a librarse de aquella pesadilla de pelos rojos y bonitos ojos verdes; parecía imposible tanta felicidad—. La llevaré al centro de la ciudad en mi coche si lo desea.

—Sí, gracias. Dejé pagados cinco días de habitación aquí, que recuperaré ahora.

Estaban ya en marcha hacia la ciudad, a través de la amplia carretera de Lambille Fletcher, cuando el joven comisario, a pesar de sus hondas preocupaciones interiores, comentó dirigiéndose a la muchacha:

—Me gustaría saber por qué se ha decidido tan rápida e inesperadamente a volver a Nueva York. ¿Qué es lo que ha despertado su temor hasta el punto de tomar esa decisión inmediata? ¿Mi amenaza… o el miedo al asesino?

—Ninguna de las dos cosas, mi querido comisario —rió ella, reclinando hacia atrás su roja cabecita en el asiento, y proyectando hacia adelante su inquietante seno, adherido a la lana blanca del suéter—. Simplemente, ahora *sé* que la solución a los crímenes *no puede estar* en Fletcher, sino en el propio Nueva York. Y vuelvo para tratar de descubrirla, cueste lo que cueste. De todos modos, iba a volver allí, aun sin nuestro convenio…

Aldo Fisher tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no incrustarse con el coche entre los abetos, mientras una imprecación nada caballeresca se escapaba de sus labios.

CAPÍTULO V

EN NUEVA YORK

Sally Maxwell fue pasada a un gabinete de suntuosas alfombras, muros tapizados y cubiertos de óleos de los mejores pintores modernos americanos. El mobiliario era igualmente regio, conforme podía esperarse de una de las más aristocráticas residencias de la Quinta Avenida.

—Espere aquí, por favor, señorita Maxwell —habló con suavidad el hombre enjuto, de pálida expresión melancólica y traje negro, impecable—. Avisaré al señor McNeil, aunque no sé si sus ocupaciones le permitirán recibirla ahora.

—Bien, gracias.

Se quedó sola, como encogida bajo las dimensiones de la estancia. El hombre enlutado salió. No era el mayordomo, puesto que el actual servidor había acudido después de abrirle la puerta el anterior. Sally imaginaba que era el secretario del gran hombre. Emil Eaton tenía entendido que era su nombre, si Kervin Donovan se refería al mismo hombre, al hablar del secretario de Bryan McNeil.

Había sido un personaje oscuro y sin importancia en el caso escandaloso del secuestro y el asesinato de Ross McNeil, mes y pico atrás. Pero todos los miembros de la casa, familiares o allegados, habían visto danzar sus nombres incontables veces, en las páginas sensacionales de la Prensa. Desde los casos del hijo de Lindbergh y el del pequeño Bobby Greenlease, Norteamérica no se había conmovido tanto por un suceso así.

La policía había removido todo, sin resultado. El culpable del secuestro y el asesinato, no apareció. El caso continuaba siendo un enigma. Y Bryan McNeil, jamás confió en la policía Metropolitana,

ni siquiera en el F.B.I. Había seguido teniendo fe en un oscuro investigador privado, Kervin Donovan. El mismo que ya se hiciera cargo antes, del misterio tejido en torno a los McNeil. De un hecho que no había llegado a trascender al público: el misterioso chantaje de que fuera víctima la señora McNeil, por parte de alguien que la amenazaba siempre con el secuestro de su hijo si dejaba de entregar dinero a su anónimo comunicante.

Ella había terminado por no pagar, aconsejada por su marido y por Donovan. Luego, sucedió lo del rapto. Ross McNeil era un muchacho de dieciocho años. Fue raptado al salir de la Escuela de Bellas Artes a la que asistía, porque después de abandonar esa clase al atardecer no fue visto de nuevo. Hasta que su cuerpo apareció mutilado en el Hudson, con las mismas ropas que llevaba al salir de la Escuela. Tal y como sus captores habían anunciado que ocurriría de no ser pagada la cantidad que fijaran en el chantaje previo…

—¿Señorita Maxwell?

Ella alzó la cabeza, mirando hacia el hombre alto, fornido, de cabellos oscuros, bordeados de canas en las sienes y en el centro mismo de su frente. Estaba en la entrada del gabinete. Mirándola con fijeza.

—Sí, soy yo —respondió ella nuevamente, empezando a incorporarse.

—No, por favor, no se mueva —la detuvo la voz apacible del hombre. Era pastosa, grave y lenta. Luego avanzó, también con lentitud—. ¿Nos conocemos usted y yo, señorita?

—Indirectamente, sí. Pero usted no paró atención en mí entonces. Soy la secretaria de Kervin Donovan.

—Oh… —Una pausa larga. Bryan McNeil estaba ya ante ella. La estudiaba con renovado interés—. Entiendo… He leído lo que le ocurrió a su jefe en Vermont. Algo horrible. ¿Estaba investigando algún otro caso cuando…?

—Solamente el caso McNeil —respondió ella secamente.

Bryan McNeil la miró con asombro. Luego, se dejó caer sobre una butaca tapizada, frente a la joven. Ni siquiera se fijó en sus bellas piernas. Eso demostraba su desconcierto, porque era una prueba difícil para cualquier hombre no clavar sus ojos en lo que la estrecha falda mostraba ceñido por el brillo ocre del nylon.

—Dios mío… —suspiró el potentado—. Eso quiere decir…

—Quiere decir que la persona que secuestró y mató a su hijo, puede ser la misma que asesinó a Donovan —completó ella con sequedad—. Sí, señor McNeil. Mi jefe tenía ya la verdad. Sabía quién y por qué…

—¡No, no es posible!

—Era así. Por desgracia, no quiso hablar a nadie hasta no estar plenamente seguro.

—Oh… ¿Cómo hizo eso?

—Él no podía saber que iban a matarle. Estaba seguro de obtener las pruebas para cerrar oficialmente el caso.

—¿Y para eso fue a Vermont? ¿Por qué?

—Tenía que encontrarse con alguien allí.

—¿Con alguien? —McNeil miró a la joven, intrigado—. ¿Para qué?

—Aún no lo sé. Espero saberlo, sin embargo. Era una mujer. Se llamaba Susan Moore Parrish. ¿Le dice algo ese nombre?

—No… —declaró McNeil, tras un momento de reflexión—. No recuerdo haberlo oído antes. ¿Está segura de que Donovan iba a buscar a esa mujer por mi caso?

—Completamente segura.

—Bien. Entonces avisaremos a la policía. Buscarán a la tal Susan Moore y…

—No hace falta —le detuvo Sally fríamente—. La hemos encontrado hace días. Está muerta. Asesinada en Vermont, señor McNeil…

Una profunda palidez cubrió la faz noble y arrogante del millonario. Visiblemente afectado miró a la joven y habló con mucha parsimonia:

—Es… es inaudito, espantoso… ¿También ella?

—Sí. La cadena sangrienta prosigue. No se detiene ante nadie… Y todo por ocultar la verdad. La verdad del misterio que usted encomendó a mi jefe.

—Pero señorita Maxwell, ¿usted qué representa en todo ello? Yo he sido el culpable indirecto de todo, al encargar a Kervin Donovan la resolución del caso. Pero ya antes había sufrido el golpe de ese asesino. No puedo ayudarla en nada. ¿Por qué ha venido a verme?

—Porque ahora, la Agencia Donovan de Investigaciones, soy yo.

—¿Cómo? —saltó McNeil, asombrado.

—Continúa el caso. Continúan las investigaciones. Ahora, soy yo quien prosigue la labor interrumpida por el asesinato de mi jefe.

—¡No puede ser, señorita! ¡Usted… usted es una mujer! —El millonario agitó sus manos bien cuidadas, blancas y pulcras—. No puede ocuparse de un asunto donde tantas personas han hallado la muerte… ¿Se da cuenta del peligro que correría?

—No es el primero en advertírmelo. A pesar de todo, seguiré.

—Ya no puedo impedir que su jefe haya muerto. Es tarde para eso. Pero no lo es para sentirme culpable de otro desastre. No, señorita Maxwell. Agradezco su interés y su ética, pero no. No la contrato. No acepto que supla al señor Donovan. Retiro el caso de sus manos. Buscaré a otros detectives, recurriré al F.B.I… Todo menos meterla a usted en un feo asunto que puede terminar con su muerte…

—Es usted perfectamente dueño de hacerlo. Pero yo no dejaré el caso.

—Puedo exigirle que no se meta en mis asuntos, señorita Maxwell —recordó con cierta dureza él.

—De acuerdo. ¿Pero puede exigirme que deje de investigar al asesinato de mi jefe?

La burlona pregunta de Sally dejó desarmado a McNeil. Su gesto árido, inescrutable, se resquebrajó de repente, al abrirse sus labios con una sonrisa amarga.

—Bueno, eso no puedo evitarlo. Es una jovencita muy animosa y obstinada, ¿no?

—Bastante —se inclinó hacia él—. Sea o no, mi cliente, quiero unos datos de usted, señor McNeil.

—La escucho. Si está en mi mano, tendrá esos datos. Pregunte.

—¿Ha estado alguna vez en Vermont?

—Hace años, con mi mujer. Pero solamente para pasar un verano. Nos acompañó un escritor amigo nuestro, Arthur Coolidge. No hemos vuelto a Vermont. Pero Coolidge sí. Creo que ahora está allí.

—Oh… —Sally recordó las referencias del comisario Fisher a un novelista que residía cerca de donde fuera asesinada Suzzy Moore —. Ya sé… ¿No conoce a nadie más en Vermont?

—A nadie. Sé lo que busca, señorita Maxwell. Puedo asegurarle que tanto yo como mi esposa y mi difunto hijo Ross, no tenemos

relación alguna con Vermont ni con esa Suzzy Moore. La razón de todo esto ha de estar en otra parte.

—Es lo que estoy buscando a ciegas. Cada vez me hallo más convencida de que Vermont fue puramente accidental, porque la Moore estaba en Montpelier o en otro punto de aquel Estado. Nada más. Pero ese amigo suyo Coolidge, residía cerca de donde fue muerta Susan Moore.

—¿De veras? —McNeil arrugó el ceño, y meneó la cabeza—. No, ha de ser casual. No puedo creer que Coolidge esté mezclado en esto. Es imposible.

—Nada hay imposible. Pero respeto sus creencias. Tengo todos los datos sobre lo sucedido a su hijo, en la oficina de mi jefe, que ahora es mi oficina. Lo que quisiera de usted, es algo diferente. Nuevos datos, algo que no refiriese a mi jefe…

—No hay nada, aparte lo que a él le conté —McNeil se puso en pie con grave gesto—. Lamento no poderla ayudar mucho, señorita Maxwell. Si quiere hacerme caso, hará mejor en dejar el asunto. Estas cosas no son para mujeres.

También Sally se había levantado. El millonario no tenía nada que decirle, ni tampoco dispondría de tiempo para dedicarlo a ella.

—Es un enigma para mí. Heredé todo lo que tenía mi jefe en la vida. Este caso era *suyo*. Por tanto, es mío. A pesar suyo, señor McNeil. A pesar de todos… Sally Maxwell seguirá adelante.

Le estrechó la mano con firmeza. El millonario, admirado, la acompañó al vestíbulo.

—Créame que es una criatura valerosa —declaró, cerca ya de la puerta—. He querido aconsejarla honradamente, por su bien. Pero si realmente sigue adelante, si descubre al culpable… tendrá mi recompensa y mi gratitud. Sin embargo, no cometa locuras, por favor.

—Procuraré no cometerlas —miró a lo alto de la escalera. Distinguió allí la figura enlutada y flaca del hombre que la recibiera. Parecía asomarse para escucharles. Al verse descubierto, desapareció escaleras arriba sigilosamente—. ¿Es su secretario ese hombre del traje negro, señor McNeil?

—¿Eaton? Sí… —Se volvió, con cierta sorpresa. Al no ver a nadie escudriñó a Sally, interrogativo—: ¿Dónde le ha visto?

—En la escalera. Parecía espiarnos…

—Oh, Eaton gusta de espiar siempre a todo el mundo, de enterarse de todo —rió entre dientes el magnate—. Opina que «secretario» significa guardar y conocer secretos. A veces me irrita. Pero es un buen muchacho. No sospeche nada de él.

—Usted es de muy buena fe. No sospecha de nadie. Yo, en cambio, sospecho de todos. Bien, señor McNeil. Adiós.

—Hasta siempre, señorita Maxwell…

Sally abandonó la casa. McNeil quedaba en la puerta de la suntuosa residencia de la Quinta Avenida. Un automóvil guinda y blanco se detuvo en la senda de arenisca que avanzaba desde la alta verja señorial hasta la amplia puerta de entrada. Descendió de él un hombre alto, de cabeza canosa, con profundas entradas, y fino bigote gris sobre los labios delgados. Se abrigaba con un sobretodo color canela y guantes de piel en igual tono.

Pasó junto a Sally, mirándola con desinterés. Al llegar a la puerta, McNeil le saludó sin que sus palabras dejaran de ser audibles para Sally, aunque ella no se volvió:

—Hola, doctor Grayson. Entre, por favor… Mi esposa sigue igual. El maldito corazón continúa…

Se cerró la puerta, ahogando el resto de la charla. Sally suspiró para sí. Era natural que la señora McNeil estuviera hundida, destrozada moralmente por lo de su hijo. Bryan McNeil lo soportaba con mayor entereza porque era hombre. Pero las bolsas de sus ojos nobles y fríos, indicaban sufrimiento.

El millonario no referiría a su mujer lo de Donovan y la Moore. No era lo más apropiado para una mujer hundida en el dolor. Pero el impacto en McNeil había sido tremendo.

Ahora sabía que el asesino de su hijo estaba dispuesto a todo. Incluso a seguir matando para no ser descubierto.

Llamó a un taxi que pasó junto a ella. Le dio la dirección de la oficina en la calle 55 Oeste. Con una profunda inspiración, reclinóse sobre el asiento. Había vuelto a Nueva York. Vermont quedaba muy lejos. Lo mismo que McGee y el joven y obstinado comisario Aldo Fisher.

Sonrió al evocar a éste. En el fondo, simpatizaba con él. Había sido divertida la rivalidad con el fornido y guapo policía de Fletcher. Ahora, posiblemente no volvieran a verse más…

CAPÍTULO VI

CRECE EL ENIGMA

Se paró, con la llave en la mano. Contempló al hombre sentado en el asiento del corredor, frente a su oficina. Algo en su faz le pareció familiar, sobre la gabardina color verde aceituna, desaseada y no muy nueva. La camisa tampoco era presentable. Tenía hilachas en el cuello. El nudo de la corbata estaba mal hecho, como al descuido.

Él se levantó al verla. Tenía hundidas las manos en los bolsillos. A pesar de que su rostro ligeramente pálido, de mejillas hundidas, ojos oscuros y graves; rugosa frente amplia, y no resultaba particularmente alarmante, Sally tuvo miedo.

Dio un paso atrás, mirando desconfiadamente al hombre. Éste sonrió, triste.

—No tema, señorita… Es a usted a quién estoy esperando.

—¿A mí? —preguntó ella con firmeza—. No le conozco, señor…

—McNeil —dijo él tranquilamente—. David McNeil…

—¿McNeil dice? —Ella le miró intrigada—. No comprendo. ¿Es usted familia de Bryan McNeil?

—Sí —asintió el otro—. Soy su hermano…

Sally no dijo nada. Abrió, haciéndose a un lado para que entrara su cliente. Pero éste se negó, prefiriendo entrar detrás. La joven, dominando su inquietud, permitió que fuera así.

No ocurrió nada, a pesar de que, con toda serenidad, cerró la puerta con el picaporte. Luego, con un taconeo breve y grácil, se encaminó al despacho del fondo, a través de la abierta oficina. Sentóse tras la mesa que fuera de Kervin Donovan, e indicó otra al hombre. Éste se sentó en el borde, algo tímidamente.

—Bueno, ¿eso que ha dicho es cierto? —preguntó ella, con

evidente desconfianza—. ¿Es usted hermano del millonario Bryan McNeil?

—Soy el hermano del magnate de la Quinta Avenida —sonrió burlonamente el otro—. O, mejor dicho, su hermanastro.

—Explíquese, si lo desea. Le escucho.

—Nuestro padre, Henry McNeil, solamente contrajo matrimonio una vez: con la madre de Bryan. Yo… soy hijo de otra mujer que jamás fue nada suyo ante la Ley. Pero me reconoció con su apellido al morir su auténtica esposa. Mi madre… no vivió tampoco mucho tiempo, después de eso. Pero al menos se llevó a la tumba la satisfacción de que yo iba a ser otro McNeil, otro heredero del magnate. En eso se equivocó.

—¿Por qué? Si tenía su apellido, tenía derecho a…

—No tenía derecho a nada, señorita. Absolutamente a nada, porque mi padre pensaba ciertamente cambiar su testamento, redactado en vida de su esposa, y por ello tuvo que hacerlo designando únicamente a Bryan como heredero universal. Antes de que pudiera cambiar ese testamento, una enfermedad rápida al corazón le mató. No pudo dejar su herencia partida en dos. Y Bryan ha sido siempre demasiado orgulloso, demasiado puritano y rígido, para admitir que tuviera un hermano ilegítimo, un hijo natural del gran Henry McNeil… Así, he seguido siendo el paria que siempre fui, el eterno desheredado de la fortuna. Nada me salió bien. Ni siquiera mi matrimonio…

—¿Está casado? —preguntó Sally.

—Lo estuve. Ya le dije que no me salió bien. Nos divorciamos mi mujer y yo. Creo que no supe elegir. Suzzy era una mujer que…

—¿QUIÉN? —Sally dio un brinco en el asiento, mientras a su lindo rostro afluía el color, contrastando fuertemente con el amarillo intenso del suéter que lucía ahora, adherido a sus deliciosas curvas—. ¿Quién ha dicho, señor McNeil?

—Suzzy… Era mi mujer. Suzzy McNeil… ¿Por qué se asombra tanto? ¿La conoce?

—¿Suzzy Moore Parrish, de soltera?

—Sí —McNeil reculó, sorprendido a su vez. Enarcó las cejas con perplejidad—. ¿La conoce?

—La he conocido, sí. ¿Es por ella por quien viene a verme?

—En cierto modo —rebuscó en el bolsillo de su traje, bajo la

gabardina descuidada, y reapareció su mano con un sobre manoseado, roto precipitadamente—. Esta carta la recibí hace poco. Es de ella… Ocurrió poco después de lo del pobre Ross, mi sobrinito. Bien sabe Dios que sentí de veras aquello. Ha sido como un castigo para Bryan, que adoraba al chico. Pero no me alegra un golpe así, porque Ross era un buen muchacho, a pesar de su fama de libertino y aficionado a los vicios del juego y la bebida.

—Era muy joven.

—Sí. Dieciocho años. Hay muchos así. A su edad, por el ambiente actual de la juventud, se degeneran. Ross iba con otros amigos… con chicas de mala nota… gastaba mucho… y eso le llevó a lo demás. Pero su padre le ocultaba todo eso a ojos de Diana McNeil, mi cuñada. Su madre ignoraba los pasos del chico. Bryan había malcriado al chico, le había mimado en exceso, y supo pagar las consecuencias con entereza. Lo peor fue lo otro… El rapto, el crimen…

—Y esa carta… —Sally señaló el sobre que él sostenía en sus dedos—. ¿Es de… Suzzy?

—Sí. Léala… Está fechada en un sitio donde nunca estuve antes, ni creo que ella tampoco. Pero es así mi exmujer…

Sally extrajo un pliego pequeño del interior. Estaba fechado en Montpelier, Vermont. Casi un mes atrás. Era el membrete del Hotel Green Mountains.

El texto, rápido y nervioso, decepcionó en cierto modo a Sally:

> «Querido Dave: Si aún me aprecias algo, ven a verme. O contesta a esta carta. Tengo cosas importantes que decirte. Acerca de tu sobrino Ross. Espero tus noticias, querido. No puedo decirte más por carta. Siempre tuya:
>
> *Suzzy*».

—¿La escribió o visitó? —preguntó, manteniendo su inexpresividad.

—No. No me preocupé. No quería saber nada más de Ross. Estaba seguro de que Suzzy podía conocer muchas cosas, gracias a otras mujeres. Suzzy es… bueno, no es precisamente una chica muy decente, desde que se divorció de mí.

—¿Y antes?

—Tampoco —confesó McNeil con un suspiro inclinando la cabeza—. Pero es bonita, lo era más aún… y me deslumbró. A ella, supongo que la deslumbraría mi apellido, hasta que descubrió que eso no significaba nada. Entonces, todo terminó. Así ha sido mi vida. Un eterno fracaso, señorita.

—Bien. Continúe.

—No la escribí. No fui a verla. Y ya no he vuelto a saber nada de ella, hasta encontrar un telegrama en mi casa. He pasado algunos días sin aparecer por mi pensión. No tenía con qué pagar, ¿comprende? Ayer volví por allí. Me dieron el telegrama. Léalo también.

El papel amarillo, arrugado y sucio, salió de un bolsillo de la gabardina, hasta alcanzar la manicurada mano de Sally Maxwell. Ella leyó:

> «DAVE: NO TE HAS COMUNICADO CONMIGO. MAL HECHO. ERA MUY IMPORTANTE. MUY GRAVE. SI RECIBES ESTO A TIEMPO, PONTE EN CONTACTO CON EL DETECTIVE KERVIN DONOVAN, CALLE 55 OESTE. TÚ:
>
> SUZZY».

—Y ha venido a ponerse en contacto con él, ¿no? —suspiró Sally, después de advertir que el texto telegráfico llevaba fecha de siete días atrás. Sin duda puesto el mismo día en que avisó a Donovan—. Pues es tarde para eso.

—Ya lo sé. Me han dicho que murió el señor Donovan. No pasaba a creerlo, hasta que revisando unos diarios de esta semana, encontré la noticia. Había ido a Vermont, y allí murió. Sin duda fue en busca de Suzzy. ¿No es así? Pero de Suzzy no he vuelto a saber nada, aunque le he enviado un telegrama a Montpelier…

—Mi querido amigo David McNeil, nunca recibirá noticias de Suzzy Moore. Su exesposa fue muerta también… el mismo día que mataron a Donovan.

—¡No! —McNeil irguió la cabeza, bajo el impacto—. ¡No puede ser!

—No ha salido aún en los diarios. Ayer supe yo quién era la mujer muerta en Fletcher, Estado de Vermont, no lejos de donde había aparecido, envenenado, mi jefe. Ambos crímenes han

quedado en la impunidad de momento. Tenemos razones, la policía y yo, para creer en unos asesinatos motivados por la muerte de su sobrino, Ross McNeil.

—Dios mío… Pobre Suzzy… —Sepultó el fatigado rostro entre las manos. Manos huesudas, translúcidas y estremecidas, nerviosas y vacilantes como él mismo—. Dios mío, ¿por qué tuvieron que hacer eso?

—Nadie lo sabe. Usted me ofrece otra razón. Debía de saber algo… Todo depende de llegar a conocer lo que ella sabía. Usted… aún la amaba, ¿verdad?

—Sí… Creo que sí… —jadeó, brillándole el sudor en el rostro.

—Eso me ha parecido advertir. Lo lamento por usted, McNeil. No puedo hacer nada en su favor. Sin embargo, usted sí puede hacerlo por intentar algo en favor de la Justicia. Ayudar a descubrir al asesino de su sobrino, de su exmujer…

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó, alentado, el hombre.

—Tengo que calcular mi plan de batalla, señor McNeil. Su revelación sobre Suzzy Moore, me ha alterado un poco las ideas. Este caso ofrece muchos puntos confusos. ¿Qué le parece si nos encontramos más tarde, esta misma noche? Pongamos en… el *Pavilión*. Puede cenar conmigo. Charlaremos largamente.

—No… no tengo *smoking*. Ni dinero para una cena en el *Pavilión* —confesó avergonzado.

—Eso, en labios de un McNeil, suena raro —rió ella—. Pero no se preocupe. Yo pagaré, porque va a ayudarme *a mí*. Tenga. Esto le alcanzará para alquilar un buen *smoking*…

Le tendió dinero enrollado, que él rechazó vivamente. Pero ella insistió, con una sonrisa cordial, y McNeil aceptó por último. Balbuceó algo confuso, torpe, entre sus labios estremecidos. Guardó el dinero, y se dirigió a la puerta, diciendo:

—Gracias por todo, señorita. A las ocho, en el *Pavilión*. ¿Es buena hora?

Suzzy miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro y diez de la tarde.

—Excelente. Adiós, amigo mío. Y no hable con nadie de esto…

Una vez sola, la deliciosa frente de la bonita pelirroja se cubrió de arrugas. Finas y tenues, producidas por sus reflexiones. ¿Qué ocurría en aquel endiablado caso? A cada momento se enredaba más. Un hilo sutil, como la trama de una araña tejiendo su red,

parecía ir ligando a personajes que en principio carecían de sentido en el *puzzle*.

Pero ahora, a pesar de tener un lugar, la mayor incógnita se ofrecía ante ella. ¿Qué lugar era ése, en el rompecabezas afrontado por la linda detective con faldas?

Trabajó largo rato en silencio, haciendo anotaciones y recopilando datos, releyendo el caso del secuestro y la muerte de Ross McNeil, en los documentos de su jefe.

Transcurrió una hora en esa tarea. Estaba ensimismada en ella, desplegando toda su inteligencia y agudeza en reunir aquellos datos con cierto orden.

Creyó percibir un leve chasquido, como la rotura de un vidrio, pero cuando alzó la cabeza, no descubrió nada anormal. Se incorporó a beber agua del depósito automático del rincón, y entreabrió la puerta de la antesala, mirando a ésta. Nada descubrió en ella tampoco de particular. Pero se sintió más tranquila cuando se encaminó a la puerta y la aseguró con la cadena y la doble vuelta del pestillo.

Sin saber por qué, había recordado de repente el consejo de Aldo Fisher: «No cometa imprudencias. Su vida corre grave peligro si sigue adelante con esto…».

Algo parecido había dicho también Bryan McNeil, el millonario. Ella reconocía que era cierto ese temor. Pero no quería ceder ni darse por vencida.

Regresó al despacho, sintiendo una leve pesadez de cabeza. Estaba esforzando demasiado su mente en aquel caso. Cuando tomó la pluma para seguir anotando, las sienes le latieron con fuerza y la vista le falló.

Se tocó con las manos, frías y húmedas. Aspiró el aire del despacho, a pleno pulmón, para rehacerse del decaimiento.

Ocurrió todo lo contrario. Osciló todo ante ella, mientras los zumbidos de sus sienes crecían, y la sensación de náuseas y de pesadez iban en aumento. También le costaba más respirar.

Miró hacia la antesala. Ante sus ojos había como lucecillas, parpadeos multicolores que dañaban sus pupilas.

Pero ahora vio lo que antes no había advertido. Aquellos vidrios menudos, fragmentados sobre la alfombra de la antesala, cerca de la puerta. Vidrios curvos, como los de una ampolla o esfera quebrada.

¡Gas!

La idea penetró, enloquecedora, en su mente. ¡Gas letal, veneno asesino! ¡Muerte silenciosa e implacable!

Se levantó, con un supremo impulso, corrió hacia la ventana, que tenía muy cerca. Pero le fallaron las fuerzas.

Se doblaron sus piernas. Rodó por el suelo, con un gemido de horror y de angustia. Sintió que a ras de tierra, la densidad del gas era mayor, como acostumbraba a suceder.

Iba a morir. A morir sola, en su oficina de Nueva York, lejos de todos los que podían salvarla. Ignorada su muerte de todo el mundo.

La roja cabecita golpeó el suelo, se quedó inmóvil, con los ojos vidriados, mientras la muerte gaseosa iba inundando sus pulmones implacablemente.

CAPÍTULO VII

VACACIONES

Aldo Fisher pulsó el timbre por dos veces. Luego, esperó.

Unos pasos se arrastraron al otro lado de la puerta. Una mujer de cabello revuelto canoso, enarbolando una escoba y cargada con un cubo de agua sucia y jabonosa en la otra mano, se le quedó mirando en el umbral, después de abrir.

—¡Oh! ¿Es usted, comisario? —preguntó, respetuosa—. ¿Qué desea?

—Ver a su patrón, el señor Coolidge —dijo con voz seca el policía de Fletcher—. Quiero hacerle unas cuantas preguntas. Dígale que no le importunaré mucho y que…

—Lo siento, señor comisario, pero no podré darle ese encargo.

—¿Y por qué no? ¿No es usted la señora que le hace las labores de la casa?

—Eso es. Pero el señor Coolidge no está.

—Bien. Le esperaré, en ese caso. ¿Sabe si tardará mucho?

—No me ha entendido. Se ha ido. De Fletcher, señor. Se volvió a Nueva York.

—¿Eh? —Aldo enarcó las cejas con irritación—. ¿Eso es cierto?

—Y bien cierto. Por lo visto, tenía ciertos negocios urgentes que tratar con su editor. Hizo el equipaje rápidamente ayer por la tarde, y se marchó.

—¿No dijo si volvería?

—No, señor. Supongo que ahora no le veremos por aquí hasta el verano.

—Bien, gracias.

Se retiró apresuradamente. Esta vez sin importarle la nieve ni la superficie helada de la senda vecinal, regresó a toda velocidad a

Fletcher, en su coche-furgoneta.

Poco después estaba ante el fiscal McGee, refiriéndole lo sucedido. Éste, con aire de irritación, soltó el periódico que estaba leyendo. Era el «Herald» local. Su titular, en gruesos caracteres, destacó ante los ojos de Aldo.

> *¿Qué hace nuestra Administración? ¿Podemos sentirnos tranquilos con unas autoridades que aún no han dado un solo paso positivo en los dos crímenes perpetrados recientemente en Fletcher*?

Era el periódico de la oposición, el del candidato Pohlmann y su partido. Pero aun así, McGee estaba irritado. Porque, en el fondo, la oposición tenía sus razones.

—¿De modo que ahora Coolidge se nos esfuma? —estalló, con evidente ira—. Eso puede ser un indicio de culpabilidad, Fisher.

—No exactamente. Pero es sospechoso. Hay demasiadas casualidades en este caso, McGee. Es extraño que una muerte y otra se relacionen. Que Donovan y la Moore tengan un nexo de unión entre sí, hace más dudoso a Coolidge, que estuvo cerca de donde ella fue asesinada y que conoce personalmente a los McNeil. No me gusta este asunto, McGee. Pero no sé si Coolidge tendrá algo directo que ver con él.

—Podríamos reclamarlo a la policía de Nueva York —sugirió el fiscal.

—¿Acusándole de qué? —intervino Aldo, fríamente—. No hay pruebas para sostener la menor evidencia contra él. Nos podría demandar luego por una fortuna, y metemos en tal lío que no solamente perdería usted su cargo y hundiría el resultado final de las elecciones, sino que nos podría llevar a una bonita celda para una temporada. Con las personalidades literarias o artísticas hay que tener mucho cuidado. Yo siempre he dicho que un artista tiene el maquiavelismo de un político y la mala fe de su propia condición, que es mucha. Un escritor, en cierto modo, es un artista. Coolidge es un buen escritor. Tiene amistades, influencias serias en Nueva York.

—Bien, bien —exasperado, McGee cayó en su asiento. El sudor perlaba su frente—. ¿Qué me sugiere, entonces? ¿Qué me rinda

incondicionalmente a Pohlmann y su cuadrilla?

—Tampoco es justo ni digno rendirse sin lucha. Convendría vigilar a Coolidge, enviar a alguien tras él, alguien con la suficiente astucia y diplomacia para no perderle de vista y no resbalar antes del momento oportuno, esperar a cazarlo con todas las pruebas, si realmente tuvo él algo que ver en los crímenes.

—Muy bien. Un plan perfecto y muy prudente. Pero ¿ve usted a ese hombre astuto y hábil a quién cita? Wagner es un alocado. Wilkins, un cretino. No tenemos a nadie para encargarse de algo tan delicado.

—Cierto —suspiró Fisher, desalentado—. Y menos aún con una misión lejos de aquí, en Nueva York.

—¡Fisher, ya lo tengo! —aulló de repente McGee, dando un puñetazo en su mesa, que levantó por los aires papeles, pluma e incluso el tintero de vidrio.

—Bueno, le escucho. ¿Es realmente una buena idea?

—Es magnífica. Usted en Fletcher, con un doble caso de asesinato ante nuestras narices, resulta tan inútil como un objeto inanimado, por la sencilla razón de que no hay sospechosos, y el motivo de estos hechos, como muy bien suponía nuestra inefable amiga la señorita Maxwell, está en Nueva York, entre los McNeil y sus relaciones, a no dudar. Por tanto, es el momento oportuno de que se tome unas vacaciones.

—¿Yo unas vacaciones? ¿Precisamente *ahora*?

—Oficialmente, claro —le guiñó un ojo—. Pongamos… dos semanas de vacaciones. Y usted se va a pasarlas a una gran ciudad, para divertirse. A Nueva York, por ejemplo.

—Ya. —Aldo entendió. Arrugó el ceño—. ¿Y la Ley en Fletcher? ¿Y los diarios de la oposición? ¡Pondrán el grito en el cielo!

—Ya lo sé. Arrostraré todo eso. Tengo un mes ante mí, para las elecciones. Aldo, amigo mío. Confío ciegamente en usted. Si durante esas «vacaciones» oficiales…

—Le comprendo bien, McGee. No sé si es una locura o una genialidad. Pero tiene un punto de razón: en Fletcher no está la razón de esos crímenes. Ni el culpable o culpables. Aquí nos arrastramos tras de pistas vanas. Perderemos tiempo, y si hay suerte, la policía de Nueva York nos dirá un día que cazó al asesino de Ross McNeil, dándonos el caso en bandeja. Pohlmann tendrá el

mejor argumento para su triunfo electoral, basándose en nuestra ineficacia.

—Eso es. Entonces, Fisher, ¿qué me dice?

—Que acepto la responsabilidad. —La firme faz del comisario se tensó, enérgica y resuelta—. Vacaciones de invierno en Nueva York, contra viento y marea. Dos semanas. Puede faltar tiempo. O sobrar, no lo sé. Pero algo haré. Mucho más que aquí. Y a algunas personas no les va a gustar precisamente mucho mi viaje a Manhattan.

—¿Se refiere a Coolidge?

—Sí, será uno de ellos —sonrió Aldo—. Pero también le pasará algo parecido a mi querida amiga Sally Maxwell, la detective con faldas.

—¿A dónde, señor? —preguntó el taxista, cuando su viajero se hubo acomodado dentro, dejando la pequeña maleta a un lado.

—Calle Cincuenta y Cinco Oeste, 472 —dijo sencillamente el hombre alto, rubio, con sobretodo de gabardina, color *beige*, cruzado y sombrero flexible, gris.

El coche arrancó desde la Grand Central Station, subiendo hacia Broadway en busca de la Cincuenta y Cinco.

Aldo Fisher contempló el desfile de edificios altísimos, de grandes agujas de cemento contra el cielo nuboso y frío del Manhattan invernal. Había más alta temperatura y menos nieve que en Vermont. A pesar de ello, hacía frío.

Él taxi paró ante el 472 de la Calle Cincuenta y Cinco Oeste, un alto edificio de oficinas y despachos comerciales. Sobre una hilera de ventanas del piso doce, se veía el rótulo: «Donovan Investigations».

Pagó la carrera, tomando su maleta. Entró en la edificación, con una sonrisa burlona en sus labios, pensando en lo que diría Sally Maxwell cuando le viera aparecer.

Esperó a que descendiera uno de los ascensores, cuya luz roja iba señalando sobre la esfera indicadora de pisos la bajada fulgurante de la cabina. Sin embargo, otro ascensor, de los cuatro que siempre funcionaban en el edificio, llegó antes.

Aldo Fisher cambió de ascensor, encaminándose a aquél. Cuando la puerta se abrió y salieron varios ocupantes, subió él, seguido por otros.

No pudo saber en ese momento que, de haber permanecido ante

el ascensor primero, acaso hubiera resuelto el misterio en breve tiempo. Porque al tocar el ascensor la planta baja, alguien salió del mismo, con paso rápido. Alguien que hubiera sido recordado después por Fisher. Alguien, cuyo rostro hubiese sido más tarde fundamental en el enigma.

Pero el azar no quiso que ocurriera así. Mientras el personaje cruzaba el vestíbulo hacia la salida, Aldo Fisher subía en el ascensor elegido hacia el piso doce.

Cuando lo alcanzó, fue buscando a lo largo de todas las puertas de oficinas de la planta duodécima, la de la oficina de Kervin Donovan. Finalmente, la encontró.

Era un rectángulo de recio cristal escarchado, con letras doradas, sobre el panel de madera. Probó el picaporte, pero la puerta no cedió. Estaba cerrada.

Golpeó con los nudillos sobre el cristal, por dos veces. Nadie respondió.

Tal vez Sally Maxwell no estaba en la oficina. Probó nuevamente, antes de encogerse de hombros y volver por el corredor, hacia los ascensores. Iría primero a un hotel para cambiarse y dejar el equipaje. Luego volvería a ver si hallaba a su «estimada colega» de los cabellos rojos.

De repente, se detuvo en seco. Distaba pocos pasos de la puerta vidriera. Le había parecido sentir un ruido dentro de la oficina. Algo así como un mueble que cae.

Ceñudo, regresó junto a la puerta, probando de nuevo con una repetida llamada de sus nudillos en el cristal. Tampoco recibió respuesta.

Algo hirió su olfato. Parecía como si hubiera almendras amargas por allí. Y en gran cantidad. El olor era sutil, pero penetrante. Aspiró profundamente, pegada la cabeza a la puerta. Subió de grado la sensación asfixiante que notaba Aldo. Se retiró de la puerta y volvió a aspirar aire. Ahora se sintió mejor. Despejóse.

Por tanto, *el olor venía de allí dentro.*

Rápido, cargó contra la puerta. No tuvo la menor vacilación. Su hombro hundió, con un seco estruendo, el panel de vidrio escarchado, que se desgajó, cayendo al interior.

Aldo metió la mano por la abertura en forma de estrella e hizo girar el pestillo con rapidez. También quitó una cadena. El aroma a

almendras amargas era mareante.

Aldo volvió la cabeza, aspiró aire del pasillo y lo almacenó en sus pulmones, conteniendo la respiración cuando abrió la puerta, penetrando como una tromba en la oficina.

La antesala estaba desierta. La cruzó sin parar, sintiendo bajo sus suelas el crujido de algunos vidrios. Entró rápidamente en el despacho del fondo. Una mancha roja en tierra atrajo su mirada. Eran los cabellos de Sally. La joven yacía, inerte, en tierra. Encogida contra una butaca, que había derribado con un espasmódico golpe de sus piernas.

Aldo cruzó la habitación, y con una silla que enarboló en su mano derecha por una pata, cargó sobre la ventana, amplia y encristalada. Los vidrios se destrozaron, impetuosamente machacados por el mueble, cayendo en fina lluvia sobre la calle distante.

Una bocanada de aire frío penetró en la oficina. Aldo aproximó el rostro a la abertura, tomando nuevo aire en sus pulmones. Luego se inclinó sobre la muchacha. Tomó su esbelto y prieto cuerpo entre sus brazos, llevándola en volandas hasta la ventana. Por la abertura desgajada, de gran dimensión, extrajo su cabeza, sujetándola firmemente.

Boqueaban los rojos, carnosos labios de la joven, aspirando desesperadamente el aire exterior. Era un medio instintivo de luchar contra la muerte que pugnaba por apoderarse de ella, que ya se había alojado, sinuosa y cruel, en sus pulmones intoxicados.

Aldo le practicó la respiración artificial, con gran energía, mientras el aire tóxico del despacho se renovaba rápidamente con el frío aire húmedo de Manhattan.



Destrozó la ventana para renovar el aire venenoso...

El color volvió a las mejillas lívidas de la muchacha. Su respiración se iba normalizando. Apenas si quedaría gas letal en la atmósfera de la oficina, con la rápida renovación de aire procedente de la puerta del corredor y de la ventana destrozada.

Un grupo de rostros de los vecinos de oficina, aparecían ya en la

entrada, inquiriendo las causas del estruendo de cristales oído por dos veces. Aldo se volvió a ellos y explicó con rapidez:

—Intentaron envenenarla con gas letal. ¡Pronto, que alguien avise a un médico!

Dos o tres hombres se alejaron corriendo. Otros entraron, olfateando el aroma de almendras amargas que aún persistía. Alguien dijo:

—Eso parece cianuro…

Aldo se volvió, sin soltar a la pelirroja muchacha. Asintió, despacio.

—Sí. Es cianuro en forma gaseosa. Una ampolla de cianuro, que ha estado a punto de causar una víctima. Una más, entre otras…

Esto último no lo entendió nadie, ni Aldo lo dijo con esa intención. Tampoco se molestó en aclararlo, volviendo toda su atención a la muchacha inconsciente.

CAPÍTULO VIII

CITA A LAS OCHO

—¿Está mejor, señorita Maxwell?

Aquella voz, aquella sonrisa… ¡Aquellos ojos grises y aquel cabello, rubio como el oro!

Sally parpadeó, gimiendo dolorosamente al sentir el martilleo en las sienes y la áspera sequedad en la boca. Luego se rebulló en el lugar donde estaba tendida.

Creyó que era un lecho. Pero, no. Era sencillamente el muelle, amplio sofá de una oficina de exportaciones e importaciones, cercana a su propio despacho.

—Sí —musitó, roncamente—. Creo que sí, aún vivo… estoy mejor, mucho mejor… Ya debía de estar muerta.

—Desde luego, señorita —dijo una voz amable, de un caballero con lentes, blanca melena rala y benigna expresión, inclinándose hacia ella—. Un envenenamiento por gas cianuro evaporado por contacto con aire frío, después de un encierro artificial en una ampolla a temperatura cálida, es mortal de necesidad si no se llega a tiempo. Y también si no se sabe obrar oportunamente, sin nerviosismos ni torpezas. El señor Fisher ha sabido hacer todo eso. Llegar a tiempo y proporcionar aire nuevo a sus pulmones, con perfecta eficiencia.

Los ojos verdes, profundos y bellos, buscaron las grises pupilas de Aldo. Se encontraron sus miradas. Sonrió el joven. Ella también.

—Aldo Fisher, comisario de Fletcher —recitó, con tono apacible, Sally—. No sé cómo puede estar aquí. Pero gracias por todo, Fisher. Creo que le debo la vida.

—Cuestión de pura suerte. Si usted no llega a revolcarse en tierra, pese a su intoxicación, golpeando la butaca, cuyo ruido al

caer me atrajo en el acto, yo me hubiese marchado sin sospechar que la dejaba morir ahí dentro.

—Pero me salvó. ¿Qué puedo decirle, Fisher?

—No diga nada. Necesita descansar. Ahora vendrá una ambulancia para llevarla a una clínica donde puedan atenderla por si persiste algún peligro.

—¡No, no! —protestó Sally, vivamente—. No puedo ir a la clínica, Fisher. Hay algo que hacer, algo por lo que tal vez han pretendido matarme…

—Vamos, señorita Maxwell, deje de preocuparse ahora por eso. Solamente debe pensar en su salud. Y ésa es preciosa. No puede arriesgarla más de lo que lo hizo ya. ¿Se ha dado ya cuenta de que era cierto el peligro que la advertí?

—Sí, me he dado cuenta exacta. —Sally suspiró, abatida—. Pero, a pesar de todo, tengo que seguir adelante. Ahora estoy más cerca que nunca de la verdad.

—Y de la muerte —avisó, lúgubre, Aldo—. Cuanto más sepa, más peligrará la impunidad del criminal. Él cuidará de que usted no se aproxime peligrosamente a él.

—Por favor, Fisher, quiero quedarme sola con usted. ¡Tengo que hablarle!

—Está bien. —Aldo miró en derredor a los presentes—. ¿Quieren dejarnos solos un momento? Gracias, señores.

Salieron los demás, incluso el doctor que llegara para asistir a la joven. Aldo la contempló fijamente. Estaba muy hermosa, pese a su palidez. El suéter le había sido quitado para facilitar su desahogo respiratorio, y sobre la combinación la cubría púdicamente un tapiz. Su cuerpo se moldeaba bajo esa tela, lleno de seducción.

—Y bien, señorita Maxwell, ¿qué es lo que quiere decirme?

—Ante todo, ¿por qué está en Nueva York? ¿Cuándo ha llegado?

—Hace apenas un par de horas. Estoy de vacaciones.

—¿Vacaciones? —Ella entornó los ojos, recelosa—. A mí no me engaña, Fisher. Esto no son vacaciones ni mucho menos. Ha venido por el caso Donovan y Moore.

—Aunque así fuera, señorita Maxwell. Supongamos que he venido a eso. ¿Qué ha hecho usted, entretanto? ¿Cómo fue lo de la ampolla venenosa en su despacho?

Con palabras rápidas y fácil elocuencia, ordenadamente, Sally

Maxwell refirió todo cuanto había sucedido desde que llegara a Nueva York. Su visita a la Residencia McNeil de la Quinta Avenida, su charla con Bryan McNeil, su posterior encuentro con el hermanastro del millonario y su cita con él para las ocho en el «Pavilión». Concluyó con la referencia al ruido percibido en el exterior, los primeros síntomas de intoxicación… y nada más.

Allí concluía la historia. Aldo Fisher escuchó con profundo interés. Luego, paseó por el despacho usurpado para cuidar de Sally, ligando sus ideas y el relato de la joven. Advertía algo anómalo en todo aquello. Había datos extraños. Hubo momentos durante la relación de la muchacha, en que le pareció tener entre sus manos un hilo de la trama, el cabo que podía desenredar la madeja, simplemente con tirar de él.

Pero el cabo suelto se escapó, volviendo a mezclarse con los demás. La confusión y la oscuridad continuaban presidiendo el enigmático caso.

—Ahora, señorita Maxwell, no va usted a poder ir a esa cita con David McNeil —dijo firmemente el joven—. Dejará que la lleven a la clínica, mientras yo me cuido de esa cita. Dígame cómo es el hermanastro del millonario, y yo me reuniré con él.

—No, no. No puede ser, Fisher. ¡Tengo que ser yo quien…!

—¡Escuche, criatura! —Bruscamente, con una rudeza imprevista, Aldo Fisher se sentó junto a la muchacha, la aferró con ambas manos por los hombros y la sacudió sin contemplaciones—. ¡No irá a ninguna parte, que no sea el lugar donde pueden atenderla debidamente, para evitar nuevos peligros! ¡Seré *yo* quién se ocupe del caso, a partir de *ahora mismo*! Me importa muy poco lo que diga o piense. No quiero los honores que puedan corresponderle a usted. Sólo deseo su bien… y el hallazgo de ese criminal sin piedad ni conciencia. Si esto ocurre, habrá hecho cuanto le era posible, y más aún, por el recuerdo de su antiguo jefe. Lo que no puedo consentir es que corra nuevos riesgos. Esto termina la discusión.

Sally, intimidada por la energía del joven comisario rural, se encogió, mirándole con ojos dilatados, llenos de admiración y sorpresa.

—Sí —musitó—. Si usted quiere, ocúpese del caso… ¡Oh, Fisher, tengo miedo, auténtico miedo!

Rompió a llorar nerviosamente, acaso más por puro relajamiento

histérico tras la prueba sufrida, que por verdadero temor. Se reclinó sobre el torso de Aldo, dejando rodar sus lágrimas por las mejillas, y el joven Fisher la tuvo que rodear con un brazo por los desnudos hombros, cubriéndola un poco con el tapiz.

—Vamos, vamos, cálmese —dijo suavemente, oprimiendo su firme, cálida carne—. No pierda ahora el control de su magnífica serenidad. Es una muchacha admirable, créame. Tal vez por eso, no quiero que le ocurra nada. Sería capaz de estrangular entre mis manos al canalla que intentó asesinarla.

Ella levantó los ojos, fijándolos en él. La carnosa y roja boca tembló. Aldo tuvo que hacer un esfuerzo muy poderoso para no inclinarse sobre el bello rostro de mujer y cubrir aquella boca con la suya. Tras el enérgico dominio de sí mismo ejercido para impedir tal cosa, se rehízo, incorporándose.

Estaba seguro de que si cedía a los encantos de aquella muchacha maravillosa, terminaría por ceder en todo. Y no quería tolerar que la joven volviera a las andadas.

El aviso de la ampolla de cianuro arrojada a su oficina por un siniestro visitante, era demasiado grave para echarlo en olvido.

—Gracias por todo, Fisher —musitó la joven, rehaciéndose poco a poco—. Creo que he abordado una tarea demasiado fuerte para una mujer. Tenía usted razón.

—No es sólo eso. Todo es difícil en este caso, señorita Maxwell. ¿Sabía que al ausentarse usted de Fletcher lo hizo también, casi pisándole los talones, el escritor Coolidge?

—¿El amigo de los McNeil? —se sorprendió ella.

—Eso es. Una desaparición demasiado rápida. Como si ya no le sujetara nada en Vermont, y en cambio hubiese algo aquí que le preocupaba mucho.

—¿Yo?

—No lo sé. Podía ser usted, sí. O tal vez otro aspecto de la cuestión. Tampoco descarto la posibilidad de que sea casual. Pero en este asunto hay demasiadas casualidades para creer en ellas.

—Fisher, ¿cree que podrá conocer a McNeil y que él se fiará de usted?

—Supongo que sí. ¿Qué quería usted indagar de él?

—No sé. Más datos sobre el chantaje a que sometieron previamente a la señora McNeil, el secuestro posterior y el asesinato

final, que cerró el trágico asunto de Ross McNeil. Creo que ahí está la clave de todo. Rebuscando en Vermont, dando vueltas y más vueltas a las muertes de Donovan y de la mujer de David McNeil, no encontraremos nada. Es como una nube de humo que nos impide ver lo otro. El secuestro, el crimen sangriento…

—Usted me ha descrito a Ross como un muchacho libertino, vicioso y metido en malas andanzas.

—Sí. Así lo ha referido su tío David.

—Podía ser una descripción parcialista, obcecada o maliciosa. No creo que el hermanastro de Bryan McNeil aprecie mucho a sus parientes multimillonarios.

—Tampoco lo creo yo. Se advierte su resentimiento en todo, y humanamente es comprensible. Pero aseguró querer a Ross.

—Puede mentir en eso.

—¿Y en todo lo demás?

—Sí. La carta y el telegrama pueden ser ciertos. O solamente la carta, y el telegrama estar amañado. Eso justificaría la coartada de David McNeil de que no fue a ver a su mujer, cuando acaso acudió realmente a Vermont… y la mató.

—¡Dios mío! ¿Cree eso?

—No lo sé. Usted conoce personalmente a David McNeil. ¿Le parece un asesino?

—No. Pero eso no significa nada. Los asesinos, rara vez lo parecen.

—Sí. Ésa es una respuesta sensata. Veo que puedo fiarme de usted en sus apreciaciones. Como ha dicho antes, la clave de todo está en ese encuentro. —Frunció el ceño—. Me parece difícil raptar a un muchacho que no es, precisamente, un verdadero santo, ni un jovenzuelo ingenuo y sin experiencia.

—¿Qué es lo que piensa?

—Que la persona que le raptó… *era conocida de Ross McNeil*. Alguien en quien él confió. Así pudo ser introducido amistosamente en un coche y luego narcotizado. Ya hemos descubierto que nuestro misterioso personaje conoce bien los venenos y las drogas. No vacila en emplearlas cuando lo cree preciso.

—Cuando los McNeil no pagaron el rescate pedido, apareció muerto. Todo el mundo ha asegurado que fue ésa la razón de su muerte.

—Yo, en cambio, estoy seguro de que la muerte de Ross McNeil era algo fijado de antemano. El rescate era igual. Pagasen o no, moriría el muchacho. Porque el móvil no era la cifra del rescate, sino algún otro. Pongamos un mayor beneficio, millones en danza, o una venganza olvidada.

—Ya volvemos a David McNeil y su odio al hermano rico.

—Inevitablemente, ése parece ser el camino. —Consultó su reloj —. ¿A qué hora ha dicho que está citada con él en el «Pavilión»?

—A las ocho.

—Falta apenas una hora. Tengo el tiempo justo para adquirir un «*smoking*» y acudir allí. Tal vez mi aspecto pueblerino no encaje en tan selecto lugar, pero…

—No diga eso —rió ella—. No tiene aspecto pueblerino alguno. Estará muy elegante vestido de etiqueta.

—Gracias. Me haré una fotografía, y se la enviaré a la clínica. —Soltó una breve carcajada. Luego, enarcó las cejas, escuchando la sirena que sonaba en la calle y que se detuvo frente al edificio—. Su ambulancia, señorita Maxwell. Buen viaje a la clínica y sea buena chica. Iré a verla mañana. O la telefonearé, si hay novedades importantes.

—Sí, Fisher, por favor… ¡Ah! Una cosa…

—¿Cuál?

—Cuando me llame o vuelva a verme, no me llame más «señorita Maxwell». Me gusta que me llamen Sally las personas a las que aprecio.

—Su aprecio me conmueve, Sally —sonrió el joven comisario de Vermont—. También me gusta que me llamen Aldo, aunque algunos opinen que es un feo nombre.

—Es un bonito nombre… Aldo.

Se estaban mirando a los ojos. A Fisher le costó apartar su mirada de ella. Y a Sally tampoco le resultó fácil.

Dieron las ocho en punto en algún reloj cercano.

Aldo Fisher, impecablemente vestido con el «*smoking*» confeccionado que adquiriera a última hora, parecía un figurín al penetrar en la luminosidad esplendorosa y fulgurante del «Pavilión», en pleno corazón de Broadway.

Pisó la espesa alfombra, mirando en torno escudriñadoramente. La descripción de Sally sobre David McNeil era perfecta. Estaba

seguro de reconocerle en cuanto le viera.

Y le vio. Solo, nervioso, con un «*smoking*» que le sentaba mal, rugoso y sin gracia, bajo su rostro macilento. Fumaba ante una mesa arrinconada, y la luz indirecta de una lamparita individual, resaltaba la profundidad sombría de sus ojeras.

Avanzó en derechura a la mesa. Le vio ponerse rígido, con expresión de viva sospecha, y creyó que de repente se incorporaría, echando a correr como una liebre entre las mesas.

Se debió dominar muy dificultosamente, sin quitar de él los ojos, muy abiertos.

Parándose ante la mesa, Aldo habló:

—¿Señor McNeil? ¿David McNeil?

—¿Quién es usted? —Fue todo lo que replicó, a su vez, el otro.

—Un amigo de la señorita Maxwell. Ella no puede acudir a la cita. En su lugar, vengo yo.

—No lo creo. Usted me está engañando.

—¿Por qué había de hacerlo? Me llamo Aldo Fisher, y soy amigo suyo. Intentaron hacer daño a la señorita Maxwell, cuando usted se marchó. Ha tenido que ser internada en un centro sanitario. Yo la suplo en esta cita, porque estaba muy interesada en no faltar a ella.

—¿Qué le ha pasado a la señorita Maxwell? ¿Han intentado matarla, tal vez?

—Eso es. Con una ampolla de cianuro en gas. —Le miró fijamente—. ¿Le dice eso algo?

—No. ¿Por qué había de decírmelo, señor Fisher? Si eso es cierto, corre peligro su vida. Y tal vez la mía también.

—Es posible. Por ello le ruego que sea explícito y sincero conmigo. —Se sentó a su lado, después de correr una silla—. Señor McNeil, estoy convencido de que todo este asunto tiene su origen en el secuestro y muerte de su sobrino Ross.

—Puede que sí —seguía su desconfianza. Miraba a Aldo con expresión huidiza, poco animosa—. Pero en ese aspecto, no le voy a ser de mucha ayuda. No me trataba apenas con mi hermano y los demás. Ellos son de otro mundo.

—Ya lo sé. A pesar de todo, quería a Ross. Lo ha confesado a la señorita Maxwell.

—Sí, le quería. Era un muchacho que había torcido su camino por culpa de los mimos y la enseñanza equivocada. Pero tenía buen

fondo. Si se le quitaban esos vicios de beber, jugar y andar con chicas, volvería a ser un muchacho normal y decente. Bryan no supo enseñarle. El exceso de cariño le cegó a la realidad.

—¿Y no es extraño que un chico así, de vuelta de tantas cosas, se dejara raptar?

—Él no sabía el chantaje que había sufrido su madre, para evitarle peligros. El anónimo secuestrador exigía cantidades razonables cada cierto tiempo, en un lugar determinado, sin vigilancias ni policías. Ella, a escondidas de Bryan y de todos, lo hacía así. Hasta que tuvo miedo, vio que las cantidades crecían de importancia, y reveló lo que ocurría. Había destruido las cartas, eso sí. Pero se recibió otra, pidiendo dinero de nuevo. El sitio siempre era distinto: apartados postales de una estafeta de Correos, o una caja de banco a nombre supuesto, o un asiento en un parque, o cosa así. Siempre retiraron el dinero. Pero cuando depositó dinero, avisando a Bryan y al señor Donovan, el detective, nadie acudió a por él. Y días después, Ross era raptado, con una amenazadora nota de aviso final.

—¿Eso fue todo?

—Sí. Todo lo que yo sé.

—¿Su esposa, la señora Susan Moore, o Susan McNeil, como prefiera, tenía alguna relación con sus familiares de usted?

—Ninguna, que yo sepa. Por eso me sorprendió su carta… y su telegrama cuando imaginé que se refería al asunto de Ross. ¿Qué podía saber ella que no supiéramos los demás?

—No hay duda de que sabía. Tal vez demasiado. Por eso murió. Como Donovan cuando entró en conocimiento de ello. McNeil, éste es un caso siniestro y horrible, en el que el secuestro no es vulgar, ni mucho menos. No creo en la historia del dinero de rescate y todo eso. Hay odio por medio. Odio enfermizo, cruel, perverso… y un insano afán de matar para sepultar una verdad repulsiva bajo auténticos baños de sangre.

—Dios mío, no… no diga eso —jadeó David McNeil, palideciendo intensamente—. Es… es algo horrible…

—Horrible es todo lo que ocurre, y no vale cerrar los ojos y oídos a ello. Hay que afrontar la verdad. Encontrar el motivo de todo esto, la razón oscura y feroz de un asesino sin alma ni piedad con sus víctimas. Lleva tres muertos encima. Pudo llevar cuatro.

Quién sabe a quién intentará atacar la próxima vez. Tal vez, en el fondo estamos ante un loco o un desquiciado peligrosísimo no sé. De todos modos, sumamente listo. Y con un retorcido motivo, sea cual sea, que guía su mano asesina.

—Por favor… —McNeil se incorporó a medias, con el rostro convulso y lívido—. No siga. Me dan náuseas. Permítame ir un momento al lavabo. Cosas así me ponen enfermo. Estoy algo mal del estómago y del corazón. Ahora vuelvo, señor.

—Está bien, vaya. Pero vuelva enseguida. Y hágase el ánimo, McNeil. Seré más suave en lo sucesivo. Tenemos que poner *todas* las cartas boca arriba, ¿entiende? No sé por qué, advierto que tiene usted *miedo*. Miedo a algo. Y eso puede ser señal de que sabe algo más. Algo que aún no ha dicho… ¡y que yo quiero saber! Vuelva pronto, por favor. Si su informe es valioso, sabré proporcionarle una recompensa que le sacará de su miseria actual.

McNeil, tambaleante, asintió. Rodeó la mesa, muy pálido, dirigiéndose al fondo de la sala con paso poco firme, entre las mesas. Desapareció en la puerta color ocre de los lavabos de caballeros. Aldo encendió un cigarrillo, dedicándose a reflexionar profundamente, mientras esperaba.

Pidió un «Martini» para hacer boca. En realidad, no sentía el menor apetito. Y tenía la impresión de que también había trastornado la cena de su compañero de mesa.

Pero a veces, las circunstancias exigían dureza. En este caso, Sally no había visto todo lo claro que era preciso. McNeil, evidentemente, sabía algo que no quería revelar. Era preciso acorralarle para dar con ello, fuese lo que fuese. Nada mejor para vencer un miedo, que acosarlo con otro temor más intenso.

No le importaría apretar más las clavijas sobre McNeil, hasta que dijera algo.

Sorprendido, miró hacia la puerta del lavabo. No había reaparecido todavía su invitado. En todo aquel tiempo no había vuelto a la sala. Y llevaba ya varios minutos.

Probó un sorbo de su aperitivo y esperó dos minutos más. Luego, levemente inquieto, se puso en pie. Cruzó la sala sin prisas. Alcanzó los lavabos y entró. No vio a nadie, salvo un caballero alto y canoso que salía. Recorrió los compartimentos de aseo. Absolutamente nadie. Su mirada se clavó en una larga y angosta ventana situada

sobre los lavabos del fondo, aquellos que quedaban resguardados del resto de la salita de aseo por un recodo de mosaicos azules.

Experimentando una repentina sospecha, se incorporó sobre el lavabo. Estiró las manos, alzando el postigo, que tenía las bisagras en la parte superior. Tenía una red metálica… ¡pero estaba arrancada a golpes de un instrumento cortante, de su juntura con el marco de madera!

Vio los arañazos de unos zapatos sobre el borde de la ventana. Irritado, lanzó una imprecación. ¡Aquel camino había servido a McNeil para escabullirse!

—Señor, ¿qué anda buscando ahí? —pidió un cliente, mirándole con sorpresa, subido sobre la pileta del lavabo.

—¡A un gorrión que se me ha escabullido, amigo! —rezongó Aldo, irritado, bajando del lavabo y lanzándose hacia la salida con rápidas zancadas.

Había entrevisto por la ventana un patio posterior. Era evidente que el fugitivo ya no estaría allí. Sus náuseas puede que fueran reales. Pero se había aprovechado de su coyuntura para escapar a la acción inquisitiva de Aldo Fisher.

Arrojó un billete sobre la mesa Aldo, sin tocar su «Martini», y salió apresuradamente a la calle. Dudó, ya en la acera, mientras el portero le ofrecía un taxi.

Vio que el «Pavilión» tenía una calleja lateral, una especie de pasaje que iba a desembocar en otra avenida cercana. Se hizo rápidamente una composición mental del trazado interior del establecimiento, y comprendió que aquel callejón daría a la espalda del patio de los lavabos.

Rodeó la esquina, con zancadas agilísimas, y se encaró con la oscuridad de la calle. Vio, muy al fondo, cerca de la esquina con otra calle transversal, una figura que corría. Enjuta, desgarbada, pero sumamente veloz.

—¡McNeil! —gritó, con voz potente—. ¡Deténgase o disparo!

Pero el otro no se detuvo. Siguió adelante, más rápido aún. Alcanzó el cruce de la calle transversal. Aldo se lanzó tras de él, convencido de que al final le alcanzaría, por ágil que fuese el hombre.

Sin embargo, algo ocurrió, de pronto, que varió por completo el panorama.

El fugitivo había saltado de la acera a la calle, huyendo hacia el fondo, a la ya cercana avenida cuajada de luz y de coches, para escabullirse definitivamente en ella. Entonces, un automóvil, con los faros brillantemente iluminados, surgió como un bólido rugiente de la calle transversal. No se detuvo al ver bañado en su luz al hombre que corría, sino que se lanzó sobre él, en un embate estremecedor. McNeil se detuvo, chillando como un poseso, agitó en vano sus manos en alto. Y luego desapareció bajo el monstruo rodante, engullido por sus ruedas ávidas y despiadadas.

Aldo no pudo hacer nada por impedirlo. Tan rápido fue todo. Mientras Fisher pugnaba por salir de su horrorizado estupor y seguir corriendo, tras haberse quedado clavado en el asfalto del pasaje lateral, el automóvil chirrió largamente con sus gomas, dando una vuelta completa a la esquina, y se lanzó a velocidad de vértigo hacia la avenida.

Cuando Aldo llegó cerca de donde yacía el hombre atropellado, ya el automóvil se perdía en el tráfico enorme de la cercana arteria, sin que sirvieran de nada los gritos de alarma de Aldo.

El joven se dejó caer de rodillas junto a David McNeil. Otros transeúntes corrían hacia allí, de lugares cercanos, atraídos por el grito y el patinazo de las ruedas en el asfalto.

La sangre empapaba el rugoso *smoking* de McNeil. Estaba lívido, inerte, en completa inconsciencia.

Fisher auscultó su pecho, abriendo de un tirón la ensangrentada camisa blanca.

Aún vivía el infortunado David McNeil.

CAPÍTULO IX

TRAMPA PARA UN ASESINO

Por segunda vez en pocas horas, presenció Aldo Fisher el alejamiento de una ambulancia, cargada con alguien que había visto pasar junto a sí la muerte, sin llegar a convertirse en su presa. No por el momento al menos, aunque el estado de McNeil era muy grave.

Aldo suspiró, comentando entre dientes, con un humorismo negro y sombrío:

—Bien me recibe el hospitalario Nueva York… ¿Seré yo el próximo, dentro de uno de esos chismes sanitarios? ¿O a mí me recogerán con una furgoneta fúnebre?

Echó a andar, apartándose de los grupos de gente acumulada en el lugar. No había dicho que buscaba a aquel hombre ni que tenía relación con él. Por propia experiencia sabía cuán engorrosa es la policía en casos así.

Comprobando que vivía aún McNeil, a pesar de las graves heridas sufridas en el atropello, avisó a la ambulancia y a un médico. Se cuidaron del infortunado, que no había vuelto en sí, y que era incapaz de pronunciar una sola palabra, en su actual estado, y Aldo Fisher asistió a todo como un testigo más del suceso.

Se juzgó que había sido un accidente, y el coche culpable del mismo huyó, por miedo a sus responsabilidades civiles. Nadie supo dar su descripción ni su matrícula, salvo lo que el propio Fisher advirtiera. Que era oscuro, de modelo bastante amplio, y no muy moderno. Llevaba la luz trasera apagada.

Aldo tenía su propia teoría sobre lo ocurrido. No creía en el accidente, versión de relativo verismo. El hecho, en sí, *parecía* un accidente casual. Pero no lo era.

David McNeil había sido vigilado de cerca. Le vieron abandonar el «Pavilión», sin duda, y el coche se lanzó sobre él, rodeando la manzana rápidamente, para darle alcance en el cruce estratégico.

Era un asesinato.

Uno más en la lista.

Se alejó del lugar. Un taxi le recogió a la salida del pasaje. Le dio la dirección de la oficina de Kervin Donovan. Conservaba consigo la llave de la misma, y en ausencia de Sally, forzosamente inmovilizada en su alojamiento sanitario, era él quien dirigía las operaciones. Y aquél era su cuartel general.

Una vez en la oficina, cerró con llave tras de comprobar que el paño de madera aplicado provisionalmente sobre el destrozado vidrio, se mantenía intacto. Encendió la luz del despacho, y comenzó a ordenar todas las notas de Sally.

Leyó todo detenidamente, le añadió sus propias anotaciones. Finalmente, descolgó el teléfono y marcó un número que había hallado en la lista de Sally, con el nombre de su titular al lado.

Sonó con persistencia el timbre una y otra vez. Finalmente, alguien atendió, con voz ronca:

—¿Quién llama?

—¿Residencia McNeil? —pidió Aldo.

—Sí. ¿Qué quiere a estas horas?

—Hablar con el señor Bryan McNeil.

—No está ahora en casa. Pero soy su secretario, Emil Eaton. ¿Quién llama?

—Aldo Fisher. Él no me conoce. Le llamo en nombre de Sally Maxwell.

—Oh, la señorita Maxwell. Entiendo. ¿Quiere dejar algún encargo?

—No, gracias. Quería hablar con el propio señor McNeil y…

—¡Un momento! Suena la puerta ahora. Posiblemente sea él. Pero no le garantizo que admita hablar con usted…

Admitió hablar. Unos segundos después, otra voz, esta culta y pastosa, habló con acento cordial a través del receptor telefónico:

—¿Dígame, señor Fisher? Dice mi secretario que habla usted en nombre de la señorita Maxwell. ¿Le ocurre algo a ella?

—En efecto. Le ha ocurrido. Intentaron matarla.

—¡Cielos, no!

—Lo intentaron solamente. Con cianuro. También han intentado matar a alguien más que usted conoce: a David McNeil.

—¡Mi… mi hermanastro! —jadeó, desconcertada, la voz del millonario—. ¡Oh, no!

—Hay algún loco suelto por la ciudad, empeñado en aniquilar a todo bicho viviente. Me gustaría echarle mano, pero va a ser difícil, señor McNeil.

—¿Quién es usted exactamente? La señorita Maxwell no me habló de colaboradores…

—Pues lo soy. Y muy directo. Aldo Fisher, comisario de policía de Fletcher, Vermont. ¿Ha visto a su amigo Arthur Coolidge?

—¿Coolidge? ¿El escritor? Sí. Me telefoneó este mediodía. Y mañana vendrá a cenar con nosotros. ¿Por qué dice eso? ¿También le ha pasado algo?

—Que yo sepa… no. Era simple curiosidad. Conozco a Coolidge de Vermont. Me hubiera gustado verle.

—Reside en Lexington Avenue, 468, por si desea verle.

—Gracias. Creo que encontraría su dirección en la guía sin molestarle por eso a usted.

—¿Entonces me ha llamado para comunicarme solamente lo de Sally Maxwell y mi hermanastro?

—Eso es. La exesposa de su hermanastro era Susan Moore, ¿verdad?

—Nunca me cuidé de cómo se llamaba la esposa de Dave. Entre él y yo… ¡Un momento! Ese nombre lo pronunció alguien antes, en mi presencia. La señorita Maxwell… Preguntó si la conocía.

—¿Y no la conocía?

—No. Claro que no. ¿Es posible? ¿Era ella la mujer de mi hermanastro?

—Sí, lo era.

—Y… también la asesinaron.

—Eso es. Como a Kervin Donovan… como a su hijo Ross.

—Dios mío… ¿Todo la misma persona?

—La misma. —Aldo Fisher sonrió lobunamente—. Pero lo que Kervin Donovan encontró, puedo encontrarlo yo también, señor McNeil. Tengo datos. Muchos datos. Y un cerebro que sé utilizar. He empezado a atar cabos. Sé bastante bien *por qué* se han cometido todos los crímenes, por qué secuestraron y mataron a su hijo…

—¡Dios mío, no me haga concebir falsas esperanzas! —La voz de McNeil sufrió ahora un visible trémolo de emoción—. Donovan aseguraba lo mismo y… nada pudo decir.

—A él le mataron. A mí no van a matarme. Señor McNeil, tengo *el motivo*. El motivo de todo…

—¿Cuál es? ¿Por qué… por qué todo este infierno, este horror, esta pesadilla?

—Por el odio, señor McNeil… Alguien odia. Y odia de tal modo, que ha de ahogar su odio en sangre. Lo hizo siempre así. Desde hace tiempo. Seguirá haciéndolo en lo sucesivo… si le dejamos. Pero yo, Aldo Fisher, no le dejaré. El asesino está acorralado. Y creo que lo sabe. Empieza a saberlo, y aún es más temible. Ahora le dejo, señor McNeil. He de hacer otras llamadas…

Colgó el teléfono. Imaginaba la ansiedad en que dejaba al millonario, pero no podía añadir una palabra más. Marcó otro número. También estaba allí. Una voz se puso, momentos después:

—Aquí Foster. ¿Quién llama?

—Oiga. Éste es el despacho de Kervin Donovan. ¿Entiende? —habló Aldo.

—Sí, claro que entiendo —la voz al otro extremo del hilo sonó tensa—. ¿Quién es usted?

—Aldo Fisher, de Fletcher, Vermont. Comisario de la policía rural.

—Ya. ¿Qué hace en Nueva York?

—He venido a suplir a Donovan. Usted… usted es agente federal, ¿no es eso?

—Un momento. Cuelgo. Llamare yo ahora.

Colgaron. Tras el *clic*, Aldo sonrió y colgó a su vez. Diez segundos después sonó el teléfono. Tomó el auricular y la misma voz sonó en su oído:

—¿Aldo Fisher, de Vermont?

—Sí, Foster. ¿Y usted es…?

—Mark Foster, del F.B.I. en Nueva York. Trabajaba de acuerdo con Donovan en el caso del secuestro McNeil. Un poco bajo cuerda, porque la policía metropolitana no había pedido nuestra intervención oficial en el caso. Sabemos lo de Donovan. Su nombre figura en nuestro archivo, Fisher. ¿Es cierto que tuvieron líos allá con Sally Maxwell, la secretaria de Donovan?

—No fue cosa grande —rió Aldo—. Ahora Sally está hospitalizada. Intentaron matarla.

—¿Sally? —El federal rió—. Han intimado mucho. Le felicito, muchacho. Es una chica estupenda. Bien. ¿Cómo se le ocurre llamarme? No nos conocemos.

—No, pero he visto su nombre en la lista de urgencia de Donovan. Imaginé que tenían algún asunto en común. Figuraban las iniciales F.B.I. Luego nada mejor que un caso de secuestro para actuar juntos. Por eso quise saberlo.

—Pues así es. Es usted un portento, muchacho. Donovan se fue a Vermont sin decirme nada. Quería para él sólo los honores. Fue un error, porque le silenciaron sin haber hablado con nadie. ¿Va usted a hacer igual?

—No, Foster. Yo soy policía oficial, aunque esté de vacaciones. Jamás soñé en colaborar con el Departamento Federal. De modo que será, en cierto modo, un honor. Escuche cuánto tengo que decirle, Foster. Es todo lo que he averiguado…

Lo narró rápidamente. Era evidente que el federal tomaba notas. Cuando terminó, hubo un silencio.

—Bueno. ¿Qué saca de todo esto? —preguntó Aldo, ante el mutismo del otro.

—Quiero imaginar que me ha dado el relato, dándose cuenta de ciertos factores que nadie ha advertido hasta ahora… —comentó el federal, pensativo.

—Claro. Por eso se los di de esa forma. Yo los recibí de otro modo. Mezclados en una charla, en otra… Me he limitado a ordenarlos y clasificarlos.

—Pues lo ha hecho muy bien. ¿Ordenamos la detención de alguien?

—No, esperen aún. He de hacer dos o tres llamadas. Luego, deje transcurrir cosa de una hora. Y entonces, venga para acá.

—¿Qué se propone? Tenga cuidado con este juego, porque es muy peligroso…

—¿Y me lo dice a mí? —rió Aldo fríamente—. Sé de sobra con qué clase de gente me juego la cabeza.

—Sospecho que está pensando tender una trampa al asesino. Y eso es una locura.

—No muy grande. Carecemos de pruebas contra el culpable. Es

cuestión de cogerlo en pleno delito, o ver cómo escapa impune de nuestras manos. Si ocurre lo peor… y yo soy la víctima número seis, con menos suerte que Sally Maxwell o David McNeil… usted seguirá el caso, Foster.

—Pero Fisher, no puede usted…

—Un momento aún. Quiero que busque algo. Es una cosa que me tiene preocupado. ¿Por qué no se ocupa en buscar algún otro caso de accidente o de asesinato, tal vez de suicidio, ocurrido aproximadamente en los días en que fue secuestrado Ross McNeil, bien poco antes o poco después?

—¿Sospecha que haya otro crimen sin revelar?

—Posiblemente lo haya. En un hombre de edad mediana, acaso de buena familia… o acaso un desventurado bohemio. No sé. Esa teoría es aventurada, y escapa a mis datos. Solamente ha sido cogida por los pelos, a la vista de los hechos reunidos. Su muerte pudo ser casual en apariencia. No se fíe de eso. Ah, y tal vez tenga una cierta relación esa persona con la familia McNeil. En ese caso, estaría sobre la exacta pista…

—No le entiendo, Fisher. ¿Qué pretende darme a entender con eso? Le buscaré el dato que pide, pero…

—Es suficiente. Gracias, Foster. Mis saludos al F.B.I. —completó, con cierto aire humorístico, colgando el receptor.

Suspiró. Estaba como lanzado sobre una pendiente, cuesta abajo. En cualquier momento podía frenarle una zarza espinosa, impidiendo su caída. O una roca que le abriría la cabeza sin remedio.

Pero aun con ese riesgo por delante, estaba dispuesto a llegar al fin.

Hizo tres llamadas más. Una, al teléfono de Arthur Coolidge, escritor. Otra, al del médico de cabecera de la familia McNeil. Una tercera, al hospital donde se hallaba David McNeil, interesándose por su estado. Fingió ser su hermano Bryan.

Se le informó que se hallaba en el quirófano, para ser intervenido. Pero que había muchas esperanzas de poder salvarle la vida.

Vaciló, con una mano sobre el teléfono, preguntándose si debía llamar a Sally Maxwell. Era mejor no hacerlo aún. Ella preguntaría, insistiría queriendo saber… y Aldo no quería revelarle lo sucedido a

McNeil, ni el vertiginoso giro de los acontecimientos en su mente, cuando empezó a creer ver claro en el asunto.

Todo dependía ahora del informe de Foster. Y de que el asesino resolviera atacarle a él.

La trampa estaba tendida. Sólo faltaba qué alguien cayera en ella…

Se había quedado adormilado.

El cansancio le vencía ya, tras tantas horas de tensión constante. No supo qué era lo que le despertó, hasta que percibió en la puerta un golpeteo continuado, una persistente llamada de nudillos.

Extrajo de su americana de *smoking* la pistola automática plana que se trajera de Vermont. Un buen arma, del calibre .38. Un balazo de ella, podía impedir muchas cosas desagradables.

La sepultó en el bolsillo derecho, hundió la mano en él y avanzó hacia la puerta de la oficina. Se detuvo a un lado, junto a la hoja de madera, y preguntó, a través de la tabla que cubría el vidrio roto:

—¿Quién llama?

Una voz grave, educada, respondió con premura:

—Soy yo, el doctor Grayson. Mi colega el doctor Fawcett me ha avisado de que deseaban verme con urgencia en la oficina del señor Donovan…

—Un momento, por favor…

Aldo estiró la mano, girando el pestillo. Abrió la puerta. Un hombre alto, canoso, de firme y arrogante figura y terno gris, cruzado, bajo un abrigo de mezclilla, desabotonado, apareció en el corredor.

No vio a nadie más. Ni detrás, ni a lo largo del pasillo. Le invitó, cortés:

—Pase, doctor Grayson, por favor…

El médico inclinó la cabeza, con una sonrisa. Pugnaba por escudriñar el rostro de Aldo, pero se hallaba de espaldas a la luz del despacho, en la antesala en penumbras, y no logró distinguirle bien.

Le siguió hasta el despacho. Una vez allí, Aldo rodeó la mesa. Bruscamente, se encaró con el doctor, que permanecía en pie junto a una butaca. Le sonrió con dureza.

—Siéntese, doctor Grayson. ¿Me conoce?

Todo el rostro del médico cobró un tono terroso al identificar a Aldo. Retrocedió levemente, como golpeado en el estómago.

—¡Comisario Fisher! —exclamó con voz ronca—. ¿Pero qué hace usted aquí?

—Ya lo ve. Quería saber si el nuevo médico especialista en cardiología, de la familia McNeil, era el mismo que se presentó a mí en Fletcher, como un eminente toxicólogo, compañero *casual* de viaje de Kervin Donovan… que llevó su perfecto papel al extremo de declarar que Donovan había sido envenenado durante el viaje, según sus sospechas. ¿NO ES CIERTO, DOCTOR GRAYSON, QUE USTED ENVENENÓ A KERVIN DONOVAN? ¿NO ES CIERTO TAMBIÉN QUE ESTÁ USTED ENVENENANDO AHORA A LA SEÑORA MCNEIL, FINGIENDO ASISTIRLA DEL CORAZÓN, LO MISMO QUE ANTES ARROJÓ EN ESTE DESPACHO UNA AMPOLLA DE CIANURO GASEOSO?

CAPÍTULO X

EL ASESINO

Steve Grayson, el médico de los McNeil, el hombre a quién Aldo Fisher conociera en Fletcher, como viajero casual en el autobús de Donovan, y experto en toxicología, se desmoronó bajo la acusación.

—Está… está usted diciendo locuras… —jadeó, estremecido. Sus dilatadas pupilas brillaban, febriles—. ¿Qué tengo yo que ver en todo eso?

—Si no tuviera que ver en ello, no estaría tan asustado. Ni hubiera ido a Vermont como un médico turista, que coincide por casualidad en un viaje con un compañero misteriosamente envenenado. Solamente yo podía recordarle a usted, aquí en Nueva York, como el testigo desinteresado de Vermont, pero naturalmente, usted no pensó en que yo apareciera en esta ciudad ahora. Creyó que eliminando a Sally, que se acercaba demasiado a la verdad, era suficiente, ¿no es cierto, doctor Grayson?

—¡No sabe lo que dice! —Se insolentó el médico, tratando de luchar con su terror.

—Claro que lo sé. Cuando la señorita Maxwell salía de ver al señor McNeil esta tarde, y oyó que el millonario le llamaba «doctor Greyson», comprendió que estaba perdido si ella recordaba que un doctor Greyson fue el que halló muerto a Donovan en el coche. Había logrado pasar desapercibido en Fletcher, sin despertar sospechas, precisamente por su afán de espontáneo y desinteresado de prestar ayuda a la policía. Luego se borró, nadie volvió a acordarse de usted… hasta que yo, hoy, vi que a Sally la atacaban con una ampolla de cianuro gaseoso. El asesino era un experto en venenos. Y pensando eso, leí los datos de Sally, evoqué su relato. Recordé al «doctor Grayson que asistía a la enferma del corazón, la

señora McNeil». En el acto comprendí.

—¿Qué comprendió? Todo eso no le servirá ante ningún juez ni jurado del mundo. Es una sarta de teorías sin sentido. Soy respetable, honrado y…

—Me servirá el análisis de la señora McNeil. Seguro que está envenenada. Usted la envenena lentamente, ¿no es cierto? Ésa es su supuesta dolencia cardiaca. Un examen a fondo, aclarará la cuestión. He avisado al doctor Fawcett, que figuraba en los apuntes de Donovan como médico de cabecera de los McNeil. Él me citó su nombre confirmando era el actual especialista que atendiera a la señora McNeil. Me dio su paradero esta noche, en el mismo club, y me prometió que le transmitiría la petición urgente de que acudiera a la oficina de Kervin Donovan, para aclarar un informe sobre la familia McNeil.

—Así me lo dijo Fawcett. Yo… yo… considero esto como un juego sucio y ridículo. Sus acusaciones carecen de base, de fundamento… ¿Por qué iba yo a querer matar a nadie? Ni a la señora McNeil, ni a Donovan, ni a… a nadie.

—¿Ni a Ross McNeil, iba a decir? —rió Aldo duramente—. ¿O a la señorita Maxwell y a David McNeil?

—¡No sé de qué me habla! ¡Eso es un disparate, un puro disparate! Le demandaré por esto, comisario. Además, carece de autoridad en Nueva York para…

—¿Mi autoridad? —Aldo rió burlonamente—. Suponga que trabajo… con el F.B.I.

—¡El F.B.I.! ¡Miente! ¡No es usted un federal! —masculló el doctor Greyson, con la faz del color de la ceniza.

—No lo soy. Pero trabajo con ellos —y no mentía del todo, cuando afirmó tal cosa—. Y la Ley Federal tiene pleno derecho en todo caso de secuestro, doctor Greyson. Irá usted a la silla eléctrica por sus crímenes. No le salvará nada ni nadie. Tengo los motivos, sé *por qué* mató usted a Kervin Donovan, envenenándole alguna bebida en el camino de Lago George a Fletcher. Como sé por qué está matando a la señora McNeil lenta e inapreciablemente… y por qué vino aquí esta tarde, a matar a Sally Maxwell. Sé *absolutamente* todo, doctor Greyson.

—¡No! ¡No sabe nada! ¡Miente otra vez, Fisher!

—Es posible que se crea eso. Pero no va a poder sostener esa

ilusión mucho tiempo. Yo… —En ese dramático momento, sonó el timbre del teléfono.

Ambos hombres pegaron un respingo. Rápido, Aldo tomó el receptor y preguntó:

—¿Diga? Aquí Aldo Fisher…

—¡Fisher, soy Mark Foster, del Departamento Federal!

—Hable —tapó un momento el auricular y miró fríamente al doctor Grayson—. El F.B.I. al habla, doctor… Tal vez su soga está a punto en algún sitio… Siga, Foster.

—Fisher, no hay ningún caso sospechoso por esas fechas, como usted pedía. Ningún asunto de esa especie sin aclarar en los archivos. Ha de ser más atrás o más tarde.

—No, no, por entonces… ¿Ha mirado bien, Foster?

—Muy bien. Solamente advertí una cosa curiosa en el archivo.

—¿El qué?

—La denuncia de un hombre que estuvo a punto de ser cogido por un automóvil negro, grande y pasado de moda, en el puente de Brooklyn, dos días antes del rapto del joven McNeil. Le causó rozaduras en un brazo, pero milagrosamente, el hombre pudo meterse entre los hierros del puente, impidiendo el impacto. Dice que el conductor iba loco o borracho. No pudo ser hallado coche ni conductor.

—¿Y el atropellado? ¿Quién era el que formuló la denuncia? —preguntó con voz tensa Fisher, advirtiendo la palidez del rostro crispado del médico.

—Arthur Coolidge, el escritor.

Aldo se quedó de una pieza. Súbitamente, todo el caso se aclaró ante él. Fue como levantar el telón del último cuadro de un drama. Colgó el receptor, después de dar las gracias al federal, y sin responder a las preguntas excitadas de éste. Miró a Grayson y declaró fríamente:

—De modo que era Coolidge.

—¿Eh? —Temblando, blanco como un papel, retrocedió el médico.

—Él era Coolidge… Yo buscaba a un desconocido, a otro cualquiera. Y resulta que era Coolidge. No me equivoqué mucho. Imaginaba a un bohemio romántico o a un hombre de buena posición. Ambas cosas se dan en Coolidge.

—No… no sé lo que dice…

—Sí lo sabe, Grayson. Por eso Susan Moore estaba cerca de la vivienda le Coolidge. Por eso fue muerta allí. Y Coolidge, que nunca había sabido nada… lo acabó sospechando. Volvió a Nueva York… *¡No haga eso, Grayson!*

Pero era tarde. El doctor Steve Grayson, con la expresión de ser acorralado, sin otra salida posible que morir o matar, alzó su mano. La había extraído del bolsillo.

Empuñaba en ella una automática pequeña, de calibre .32. Disparó sobre Aldo.

Fisher sintió en el hombro la mordedura del balazo. Se estremeció, retrocediendo al recibir el impacto. Desde el bolsillo de su americana de *smoking*, disparó a su vez la automática del 38.

La bala agujereó la negra tela, y luego golpeó a Grayson en el vientre.

El doctor lanzó un grito, y agitó sus manos, soltando el arma, que rebotó sobre las baldosas del despacho de Donovan. Cayó para atrás, yendo a parar sobre la ventana asomada a la calle.

Rápido, corrió Fisher hacia él, a pesar del intenso dolor de su hombro agujereado. Pero no llegó a tiempo.

El médico golpeó con sus espaldas la vidriera a través de la cual centelleaban las miles de luces de Manhattan. Quebró los cristales… y le engulló el vacío.

Fue como si le absorbiera el abismo, cuando desapareció, dejando jirones de sus ropas en las aristas cortantes y agudas del gran boquete. Arrastró, en su horrible caída hacia el fondo de la calle, trozos de madera y una nube de cristales desgajados.

Su agudo grito, se quebró en la distancia. Luego, sonó un impacto sordo, lejano.

Y gritos de mujer, allá en la calle…

Aldo Fisher, asomado al ventanal roto, con el cabello en desorden por el frío aire nocturno, retrocedió, tambaleante, y con el color huido del semblante.

—Estás vengado, Kervin Donovan… —dijo roncamente, mirando en torno suyo al despacho silencioso, que parecía conservar algo del detective muerto—. Tu asesino ha recibido el merecido castigo… Ahora, sólo falta completar el caso.

Se dispuso a llamar a Foster, el federal. Pero no. Había alguien

con más derecho que nadie a conocer la verdad y el desenlace.

Ese alguien era Sally. La valerosa muchacha que había tomado sobre sus delicadas espaldas la dura tarea de hallar a un asesino…

Levantó el auricular. Marcó el número de la clínica donde se hallaba internada…

Las noches en la clínica eran terriblemente largas y tediosas.

Sally Maxwell vibraba, con todos sus nervios en tensión, en el lecho de blanco esmalte y olor a desinfectantes.

¿Qué estaría haciendo entre tanto Aldo Fisher? ¿Qué curso seguirían los acontecimientos? ¿Sería capaz el joven comisario rural de proseguir por sí solo aquel enigmático caso?

Aquello no era vivir. El sueño se resistía a llegar. Y cuando llegaba, horribles pesadillas con nubes de cianuro, con asesinos sin rostro y otros espantosos elementos, la hacían despertar, bañada en sudor, dominando a duras penas sus gritos, para evitar que acudiesen las enfermeras y le dieran un somnífero o una inyección calmante.

Sally no quería dormir, no quería ser narcotizada. Deseaba libertad, salir de allí como fuese… Pero eso no se lo permitirían. Era como una prisionera que había de aceptar un encarcelamiento de cuidados y atenciones, tan penosos para ella como una tortura cruel.

Si hubiera una posibilidad, una tan sólo de escabullirse de allí. Pero no la veía. En las clínicas particulares, para evitar intrusos del exterior, cerraban herméticamente todo, y tenían las ventanas aseguradas con rejas de alambre. Era inútil intentar nada.

Cuando los pasos huecos de la enfermera del turno de noche, por el corredor de la clínica, se aproximaron a su alcoba individual, Sally se apresuró a acostarse, fingiendo dormir para no ser importunada con recomendaciones y reproches.

Se alegró de ella al sentir que la puerta cristalera se deslizaba, dando entrada a la enfermera. Dieron la luz, que cayó con fuerza sobre sus párpados cerrados.

—Vamos, señorita Maxwell, despierte —dijo la voz de la enfermera—. Despierte, por favor… Vienen a recogerla. A sacarla de aquí.

—¿Eh? —Sally se incorporó en el lecho, dando un respingo, totalmente espabilada.

La enfermera sonrió, meneando la cabeza de un lado a otro.

—No dormía, ¿eh? Debí figurármelo. No le gusta estar encerrada, muchacha… ni siquiera por su bien.

—Pero eso de que vienen a recogerme será una añagaza suya, ¿no? —interrogó Sally, airada.

—No, claro que no. Han venido a por usted. Parece ser que han pensado llevarla a una residencia privada, para que se reponga más fácilmente. Sus amigos deben de ser muy influyentes para que el doctor Bannister permita que se vaya, a estas horas de la noche. Es toda una excepción…

Sally sonrió. La policía era capaz de eso y de mucho más, se dijo, sintiendo auténtica adoración por Aldo, si había sido el causante del traslado.

—Es magnífico tener amigos así —confesó Sally a la enfermera—. Una sólo sabe lo que valen, cuando llega el momento.

—Bueno, puede arreglarse —rió la enfermera—. Está deseando perdernos de vista… y sólo lleva aquí unas horas. Yo, señorita Maxwell, no se lo reprocho. Sé lo que es estar en un sitio como éste por obligación. Ahí tiene su ropa. Vístase. Abajo está el coche que ha de conducirla a casa de sus amigos.

Sally empleó en arreglarse mucho menos tiempo del que tardara jamás. Una vez vestida, tomó su pequeño maletín con las prendas y útiles más necesarios que tomara consigo al ser enviada a la clínica, y descendió, acompañada de la enfermera, al jardín de entrada del establecimiento sanitario.

Un gran automóvil negro, posiblemente un «Mercedes Benz» del año 1940, estaba parado en la senda de arenisca. Un hombre al volante, la aguardaba. Agitó la mano el conductor hacia la enfermera, y señaló la portezuela de la izquierda a Sally.

—Entre —pidió—. Fisher nos está esperando, señorita Maxwell, no se demore.

Sally abrió la portezuela y entró, dejándose caer en el asiento con un suspiro.

—Gracias a Dios —declaró, despidiendo con un beso en la punta de los dedos a la clínica—. Vuelvo a la vida. Me encuentro perfectamente y no quiero más encierros.

El coche arrancó suavemente, descendiendo la senda de arenisca, hasta salir a la calle, por la puerta de verja, abierta

siempre.

Sally miró al hombre que conducía, y expresó su sorpresa, sin ocultar lo que le agradaba encontrar a alguien de plena confianza:

—¡Usted! Oh, no esperaba verle ahora… ¿Le ha enviado Aldo Fisher a por mí?

—Eso es, señorita Maxwell. Ha cambiado de opinión, y dice que no estará bien de los nervios ahí dentro.

—¡Qué razón tiene! —suspiró, con una mirada atrás—. Bueno, ya se pierde en la distancia. ¿A dónde van a llevarme de momento, si realmente piensan obligarme a que guarde algún reposo?

—Verá, señorita Maxwell. Yo tengo una residencia que no habito, a propósito para ello. Estará bien allí. Y podrá reposar cuánto guste, sin ser molestada por nadie.

—¿Sabe cómo va el caso? ¿Progresa Fisher?

—Mucho. Por eso la sacamos de ahí. Virtualmente, tiene el caso resuelto…

El coche negro aceleraba, a través del cada vez más escaso tránsito de Manhattan. Sally, mirando a través de las ventanillas con satisfacción, comenzó a pensar. Era raro que Aldo en persona no hubiera ido a recogerla. O que no la hubiese llamado para avisarla de sus planes.

Pero tampoco podía recelar nada de la persona que la conducía ahora en el coche, y apartó de sí toda sospecha. A pesar de ello, preguntó tras un silencio:

—¿Aldo nos espera? ¿Le veré ahora?

—Le verá, señorita Maxwell. Claro que le verá. No se impaciente…

—¿Cómo? —estalló la voz de Aldo Fisher a través del teléfono —. ¿Qué es lo que dicen?

—Ya lo ha oído, señor Fisher —repitió la enfermera, resignadamente—. Sus amigos se han llevado a la señorita Maxwell, para seguir su reposo en plan particular. Creo que será mejor para sus nervios. No parecía soportar muy bien lo que…

—¡Al diablo los nervios! ¿Quién ha ido a por ella? ¿Y por qué han permitido que saliera?

—Señor Fisher, comprenderá que este establecimiento no comete errores ni hace las cosas a la ligera —se enfureció la mujer —. El doctor Bannister no podía negar esa atención a un hombre

como el que vino a buscar a Sally Maxwell…

—¿Quién era ese hombre? —rugió Aldo, lívido.

—El señor Bryan McNeil, naturalmente. El millonario…

—¡Oh, no! —Aldo se descompuso, perdiendo el color—. ¡Han entregado a Sally Maxwell, PRECISAMENTE EN MANOS DE UN ASESINO SIN CLEMENCIA!

Colgó violentamente, y salió disparado de la oficina, olvidando incluso el dolor de su hombro y la sangre que fluía por el orificio, empapando su chaqueta.

CAPÍTULO XI

ENIGMA EN CLARO

—¿Por qué vamos tan deprisa, señor McNeil? —preguntó Sally de pronto—. ¿Y dónde está esa residencia que ha citado? Ésta es, si no me equivoco, la carretera de Jersey…

—Lo es, en efecto —rió Bryan McNeil al volante—. La carretera hacia Jersey. Un buen lugar Jersey para descansar. Para descansar mucho tiempo…

Volvió a reír entre dientes el millonario, inclinado sobre el volante. Sally le miró, intrigada. Tenía McNeil una rara expresión en su rostro, habitualmente grave e impasible. Las manos, fuertes y nervudas, se crispaban sobre el volante. El anticuado «Mercedes» avanzaba rápidamente por la senda de asfalto, dejando atrás luces de paradores y de surtidores de gasolina.

—Yo también quisiera descansar, hija mía —dijo inesperadamente, volviendo hacia ella sus ojos brillantes, entornados y fríos. Tenía un rictus cansado en la boca, una contracción dura y singular en todo su rostro—. Descansar de todo. No seguir luchando, siempre alerta, siempre en tensión…

—Usted es riquísimo, señor McNeil. Nada en millones. ¿Eso no da descanso?

—¡Descanso! —La risa agria del millonario inquietó de nuevo a Sally. Observó que la velocidad del coche crecía y crecía—. El dinero no da nada. Nada más que poder, dominio y orgullo, señorita Maxwell. Pero felicidad, amor… una esposa amante, unos hijos… ¡Nada de eso lo da el dinero! Sucio y asqueroso dinero… ¡parece maldito!

—No diga eso. Usted tiene una mujer… tuvo un hijo. No fue culpa de su dinero que lo perdiera…

—¡Una mujer! —Crispó su faz de forma tan terrible, que ella se estremeció, realmente asustada—. Una harpía que se consume en un lecho, enferma de muerte… Que morirá cualquier día, para pagar todas sus infamias…

—Por favor, señor McNeil… Es su esposa, la madre de su hijo…

—¡Mi hijo! —Ahora la risa alcanzó un punto demoníaco. Estaba lívido—. ¡Ross NO ERA MI HIJO! ¡Nunca fue hijo mío!

—Dios mío, no… —Sally dilató sus ojos aterrorizados—. No diga eso…

—No era mi hijo… ¡No lo era! Yo… yo no podía saberlo. Siempre pensé que era mi hijo. Por eso le mimé, hice de él un McNeil… hasta que el anónimo, el horrible anónimo, me lo reveló. Creí enloquecer… ¡Ross, a quién yo había creado con mis manos, moldeando su carácter, sus vicios, sus defectos y virtudes, haciendo de él un muchacho que conocía la vida y disponía de cuanto deseaba… no era *mi hijo*!

—Eso no es posible. Tuvieron que engañarle…

—No me engañaron, señorita Maxwell. Mi mujer me había engañado, y yo lo supe entonces con certeza. Fechas citadas en la carta, cálculos de tiempo, con mis ausencias por negocios, hace diecinueve años, coincidían perfectamente. ¿Comprende mi horror, mi angustia, mi odio terrible a todos los culpables de aquella hecatombe?

—Comprendo su dolor, pero no su odio. Si había criado y moldeado a Ross, era cosa suya. Lo demás, era preferible olvidarlo…

—¡Olvidarlo! ¿Cree que eso es posible? ¡No, no puede olvidar el que ha nacido con la vergüenza de un hermano ilegítimo, de un bastardo con el apellido familiar… y ha odiado ya por ello a su padre y a su hermano! ¡Yo no perdono manchas en mi nombre, en mi familia! ¡Las borro… como sea!

—¿Hasta… con sangre, si es preciso? —preguntó lentamente Sally, apretando los labios con fuerza, muy pálida pero serena.

—¡Sí! —Se volvió, furioso, hacia ella. El coche seguía adelante, por la amplia, larga recta de la carretera poco poblada ahora—. ¿De modo que lo sabe… o lo sospecha? ¿Lo ve claro ahora… porque sabe ya que no era el padre de Ross?

—Quiero ver claro… y el horror, la incredulidad me aturden —

jadeó ella.

—No hay nada horrible. Mi odio tenía que brotar, que aniquilar a los autores de tanta mentira. ¿Sabe quién era la amistad íntima de Diana McNeil hace diecinueve años… el auténtico padre de Ross? ¡Arthur Coolidge! ¡El buen amigo Coolidge, entonces a la caza de la fama, bohemio y atractivo! ¡Una aventura que pocas mujeres del gran mundo se resisten a correr! Coolidge, el conquistador interesante y guapo, el hombre inteligente y mundano… ¡el muy perro…!

»Traté de matarle, pero tuvo suerte. Este mismo coche arrojé sobre él. Fue poco después de recibir el anónimo. Era de quien hacía chantaje a mi mujer, a espaldas mías. Alguien que conocía el secreto, porque había entrado en posesión de él. Y se aprovechaba bien de ello. Yo… yo supe el motivo de ese chantaje. Fingí creerme la historia que mi mujer me contó, de las amenazas. Y entonces es cuando de verdad, YO MISMO redacté amenazas, avisándole de que raptaría a Ross si no pagaba. Creyeron en la existencia del fantástico secuestrador. Ross no hubiera subido con ningún desconocido a un coche. Pero ¿qué iba a temer de mí, de su papá, encubridor de sus vicios y deudas?

—¿Y… le mató?

—Sí… Terminé con él. Así acabé con mi odio, con la razón de mi obsesión. Era un modo de vengarme de mi mujer, de todos… y borrar del mundo al motivo de mi mal…

—¡El motivo de su mal está en usted! ¡Es un loco, un maniático terrible y peligroso!

—¡Cállese! ¿Qué sabe usted de mí y de mi alma? Seguí la farsa del secuestro hasta el fin. Contraté detectives, ofrecí recompensas fabulosas. ¿Quién iba a sospechar de mí? Mi mujer… ni siquiera sabe que yo conozco su secreto. Solamente dos personas sabemos todo: el doctor Grayson y yo.

—¡Grayson! —Sally vio claro de pronto—. ¡Su médico! Y es… él… él…

—El que iba con Kervin Donovan en el avión y el autobús, cierto. El hombre encargado de vigilar y seguir a Donovan. De matar, si era preciso, mientras yo acudía a Vermont, a silenciar a la peligrosa Susan Moore, viajando en un helicóptero particular de mis factorías. El dinero hace milagros, señorita Maxwell, si uno quiere

hacer bien las cosas… El chantaje provenía de la exmujer de mi hermano David. Éste no sabe nada, pero hablando con ella, citó fechas y datos que hicieron comprender a la astuta y maligna Susan la verdad. Ató cabos, y comprendió que Coolidge era el padre. Por eso fue a Fletcher, a entrevistarse con él y a revelarle lo que ni él mismo había pensado jamás. Yo estaba seguro de eso. Al fallarle ya los pagos de mi mujer, Susan estaba dispuesta a todo con tal de obtener dinero, y su juego era tan ambicioso como gigantesco y complicado. En exceso, tal vez, para enfrentarse a mí.

»Yo hice vigilar a mi cuñada, sospechando de su modo de ser, de ciertas indirectas que había percibido en ella. Porque es falso que no la conociera, compréndalo. La traté tres o cuatro veces. Poco, pero suficiente para advertir su peligrosidad. Detectives míos de la peor laya, siguieron y vigilaron a la Moore. Cuando estuve seguro de sus intenciones, volé a Fletcher y la maté, ya cerca de la casa de Coolidge. Entre tanto, mi único cómplice, puesto que precisaba a alguien en quien confiarlo todo, y nadie mejor que el astuto y ambicioso doctor Grayson, un notable toxicólogo que debe la rehabilitación de su carrera de médico en peligro, a mi dinero e influencia, se encargaba de Donovan, a quién la estúpida de Susan Moore había escrito una carta. Sabía yo que la había recibido. Imaginé que allí le daba la clave. Donovan era listo y completaría el resto. Pero su afán de obtener pruebas le llevó a la muerte.

—Dios mío… Era usted… ¡usted siempre!

—Sí. Por eso cuando hablé con usted, y se marchó de mi casa, cruzándose con el doctor Grayson, temí que le recordara. Yo cometí el error de citar su nombre, y eso podía darle la pista. Usted no es tonta…

—Confieso que no se me ocurrió. He estado muy torpe en todo.

—En cambio, su amigo Aldo Fisher ha ido muy deprisa. Tengo que avisar al doctor Grayson de que se mantenga en guardia. Le he llamado, pero no estaba en casa. Le llamaré más tarde, para evitar que caiga en alguna emboscada. Fisher tiene que morir.

—¡Dios mío, no!

—Claro. Igual que intenté matarla a usted, enviando a Grayson con la ampolla de cianuro. Eso fracasó. Lástima. Luego, intenté acabar con mi hermanastro David.

—¡También con él!

—Claro —hizo un gesto de asco—. Un bastardo no es de la familia. Es una lacra para el orgullo de los McNeil… Mi mujer, culpable principal, auténtica responsable de mi infortunio va a morir. El veneno, lento, va aniquilando su corazón. La dejo sufrir, prolongo su vida, pero el fin será el mismo. ¡La muerte!

—Es… ¡es usted un monstruo, un ser demente, cuyo cerebro sólo maquina horrores! ¿Y ahora? ¿A dónde me lleva ahora?

—A dónde debía de estar hace tiempo. A reunirse con Donovan, con Ross, con la Moore… Pronto le enviaré también a Fisher, a Coolidge, a mi mujer… y habré serenado mi vida, limpia de fantasmas y de torturas…

—¡No verá nunca su vida limpia de fantasmas! ¡Sus víctimas le acosarán, el castigo llegará, tarde o temprano! ¡En el sanatorio recordarán que usted vino a buscarme, que me llevó consigo!

—Nadie me vio la cara. Entregué una carta mía al doctor Bannister. Pero cuidé de fingir la letra mía, de modo que parecerá una imitación. Yo estoy al margen de toda sospecha, señorita Maxwell…

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir!… —chilló de repente—. ¡O moriremos juntos, para que no destruya a nadie más, canalla, monstruo sádico y cruel…!

Se abalanzó sobre él. Bryan McNeil no esperaba ese ataque, como tampoco los profundos arañazos de Sally sobre sus manos, que le obligaron a abandonar el volante.

Ambos se enzarzaron en una lucha desesperada, el coche enfiló la línea de árboles, sin nadie que lo dirigiese…

McNeil logró golpear en el rostro brutalmente a Sally, que cayó en el asiento. Pugnó por aferrar el millonario la rueda del volante. Lo logró, pero demasiado tarde. El automóvil embistió un corpulento tronco, con un escalofriante impacto. El volante se hundió en el pecho de Bryan McNeil, hundiéndole la caja torácica con horrible crujido de huesos.

Se abatió sobre el parabrisas, con el rostro ensangrentado por los golpes, los ojos vidriados por la Muerte…

El «Mercedes» pasado de moda, comenzó a arder, empotrado y aplastado contra el árbol.

Otros automóviles se habían parado en torno. Uno de ellos, con un largo chirrido de frenos, hizo aullar una sorda sirena, abriéndose

paso hasta cerca del «Mercedes».

Un hombre saltó a la carretera, lanzándose sobre el coche empotrado, comenzó a maniobrar violentamente en la portezuela, que no se abría, por efectos del golpe.

Dentro, junto al cadáver de McNeil, la inanimada Sally seguía inconsciente… y el motor estaba ardiendo cada vez con mayor intensidad.

Otro automóvil se paró con violencia. Era un coche de alquiler, y de él saltó a tierra la atlética, rubia figura de Aldo Fisher.

El hombre que forcejeaba con la portezuela, se volvió hacia él. Otros muchos testigos de la dramática escena, se mantenían a prudente distancia, esperando de un momento a otro el estallido del motor.

—¡Fisher! —gritó el hombre—. Es usted Aldo Fisher, ¿verdad?

—Sí, lo soy —asintió Aldo, ya junto a él—. ¿Y usted… es el agente federal Foster?

—Eso es. Veo que ha sido muy rápido en seguirme, en cuanto recibió la llamada telefónica de mis agentes, comunicándole que un coche negro se había llevado a Sally Maxwell del sanatorio, pero que seguían de cerca al mismo, sin perderlo de vista. Yo suplí a mis compañeros a la altura de Riverside, y mantuve contacto telefónico con mi oficina. ¿Llamó usted allí?

—He llamado desde varios puntos del recorrido, haciendo parar mi taxi en diversas droguerías y establecimientos. Así supe que se dirigían a Jersey, por la carretera. Dios mío, fue providencial que me pusiera en contacto con usted nada más saber la desaparición de Sally, antes de lanzarme a ciegas por la ciudad…

—Pero Sally está ahí dentro, Fisher… y la portezuela no cede —gimió el federal, probando una vez más en vano.

—Hay que probar con esto —dijo roncamente Fisher, extrayendo su pistola—. Dispare usted también. Entre los dos tal vez destrocemos la cerradura lo suficiente…

Asintió el federal. Las dos pistolas apuntaron a la portezuela. Comenzaron a llover balas sobre el cierre. El crepitar de los disparos y el rebote de los proyectiles en el abollado metal, formaron una acre y ruidosa sinfonía.

Las llamas del coche, a punto de volar en pedazos, iluminaba la dramática, tensa escena. Sally, dentro del horno en que se convertía

el coche en llamas, comenzaba a agitarse, a dar señales de vida…

—¡Abierto! —aulló Fisher, tirando de la puerta, que cedió, con un chirrido de hierros retorcidos.

Penetró en el sofocante interior, reapareciendo entre el humo con el cuerpo de la joven. Ya era tiempo. Foster, el federal, corrió con él, sin tiempo para tomar el cuerpo de Bryan McNeil del interior del «Mercedes» incendiado.

Cuando llegaron a escasa distancia del coche, hubieron de arrojarse a tierra, al mismo tiempo que todos los testigos del suceso.

El «Mercedes» voló en mil pedazos por el aire, en medio de un desgarrón flamígero. El estruendo debió oírse en varias millas a la redonda.

Luego, mientras caían las pavesas y ardían los restos carbonizados del coche, Aldo Fisher, tendido de bruces en la cinta de asfalto, sujetando contra sí entrañablemente a la linda pelirroja, besó su mejilla fría, y musitó mirando a las pavesas que flotaban en el aire:

—Bryan McNeil, el monstruo… Así has terminado…

—Aldo… —susurró, junto a su oído la boca de Sally—. Aldo… ¿tú…? ¿Usted?

—Yo, mi pequeña Sally, yo… —sonrió Aldo Fisher, besando su rostro de nuevo—. Te he encontrado, Sally. A tiempo… a tiempo de todo.

—¿Sabías… sabías que… era McNeil quien…?

—Sí. En cuanto sospeché que Ross podía no ser su hijo, y que él era capaz de odiar horriblemente, por simple orgullo y soberbia, comprendí… Pero olvida ahora eso, Sally. El enigma está resuelto. Hemos vengado a Donovan. Ahora… podrás dejar esa peligrosa carrera de detective…

—Aldo, no sé si seré capaz. Me gusta el riesgo. Me gusta la aventura…

—Tendrás aventuras a mi lado, si quieres casarte conmigo, Sally. Podemos montar una agencia de detectives… o vivir sencillamente, lejos de los peligros. ¿Qué resuelves?

—Oh, Aldo… —Le miró con sus grandes ojos verdes, muy abiertos—. Creo que a tu lado… y convertida en la señora Fisher… ya todo me dará igual. Cuando te he tenido lejos de mí, es cuando he comprendido lo que te amaba…

—Te ocurrió igual que a mí, Sherlock Holmes con faldas…

Y no hablaron más. Estaban demasiado ocupados besándose…

—Bueno, tórtolos —dijo el agente federal Foster, inclinándose sobre ellos y tocando su espalda—. Dejen de hacer escenitas en público, y prepárense. Tendrán que ser atendidos por un médico, tomar algún calmante…

Pero ni siquiera le contestaron. Por lo visto, no necesitaban ningún calmante, ni nada de nada que no fueran ellos mismos.

El federal lo comprendió así. Hizo un gesto elocuente, y se retiró, indicando a los curiosos que podían seguir circulando tranquilamente.

—La película ha terminado, hijitos —dijo el agente del F.B.I. con sorna. Y señaló a los dos jóvenes, que empezaban a incorporarse, avanzando estrechamente enlazados hacia el coche del federal—. ¿No ven que sólo falta la palabra fin?

Y como para darle la razón, Sally y Aldo volvieron a besarse.

—Cortina final —suspiró Mark Foster, riendo.

FIN




El D.D.T.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





El triunfador de "El hombre de
mando del aire", "Música y lágr
en Indiana, y forjó sus conocimientos
tablas y la radio.

EDITORIAL BRUGUE
PROYECTO, 2 - BARCELONA

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain